

Luis Chiozza

TURBULENCIAS

Deshacer y rehacer



libros del
Zorzal

Turbulencias

LUIS CHIOZZA

Turbulencias

Deshacer y rehacer



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Turbulencias : deshacer y rehacer / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2026.

160 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-969-5

1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Título.
CDD 150

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2026. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-969-5

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

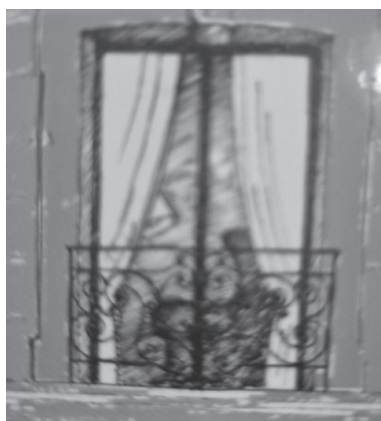
*A quienes alguna vez han pensado
lo que escribo aquí.*

Índice

Prólogo.....	11
Capítulo 1. Caótico e incalculable.....	15
Capítulo 2. Complejidad y perplejidad.....	19
Capítulo 3. Del caos al orden	25
Capítulo 4. Hay <i>software</i> en el <i>hardware</i>	31
Capítulo 5. ¿Dónde reside la superioridad del hombre?	39
Capítulo 6. Si lo anormal fuera anormal... ..	45
Capítulo 7. Los encuentros.....	51
Capítulo 8. Cuando uno se enajena	57
Capítulo 9. Los promotores de iniciativas.....	65
Capítulo 10. A mi manera	73
Capítulo 11. Las cuatro caras de lo que nos hace falta.....	79
Capítulo 12. Conciencia y consciencia	85

Capítulo 13. La oscura huella de la antigua culpa	93
Capítulo 14. La crisis axiológica	97
Capítulo 15. La universalidad de los valores.	105
Capítulo 16. Los fundamentos racionales de la certidumbre.....	111
Capítulo 17. Hasta dónde se puede confiar en la intuición	117
Capítulo 18. Sexualidad	128
Capítulo 19. Dinero.....	137
Capítulo 20. Opacidad y transparencia	147
Capítulo 21. <i>In signus balbulus</i>	157

Prólogo



Vivimos en una época que nos fascina con sus adelantos científicos y tecnológicos, que nos permiten resolver dificultades, sufrimientos o enfermedades y que con frecuencia nos deleitan. También es cierto que sufrimos hoy calamidades antiguas que en nada han mejorado, a las que a veces se agregan otras nuevas que conducen a temer por el destino de la especie humana.

Duele ver la escasa participación que tiene el psicoanálisis (excepto con algunos, muy pocos, de sus conceptos esenciales) en los frecuentes intercambios entre distintas disciplinas que se enriquecen recíprocamente. En las colectividades y en las instituciones, hay trastornos que el psicoanálisis puede ayudar a resolver. Detrás de cada ventana hay un mundo. Y en los mundos distintos de tantas ventanas, siempre habrá un lugar donde se esconden maneras de vivir que nunca imaginamos, caminos que tal vez jamás recorreremos, que pueden despertar temores o anhelos ocultos que llevamos dormidos.

Entre los bienes que nos rodean, hay algunos que, como el azúcar, pueden utilizarse a medida que se adquieren. Pero hay otros que, como una destreza o una herramienta, sólo pueden funcionar cuando se los ha integrado.

Maurice Maeterlinck escribe que cuando una abeja sale de la colmena “se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas; pero, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres

abundantes, y en la temperatura más favorable, expira al cabo de pocos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad”.

El cuerpo y el alma son dos aspectos inseparables de una misma vida y, cuando se enferman, siempre se enferman juntos, pero además todos los seres vivos, como las abejas, sólo pueden ser siendo con otros en un ecosistema. Esa, su forma de ser conviviendo, es el mejor sentido que podemos otorgar a la palabra “espíritu”. Un espíritu que, inseparable del cuerpo y del alma, cuando se enferma los arruina.

A pesar de la lucha por la existencia y de la supervivencia del más apto, hoy se admite que la mayor parte de los impulsos que surgen de la sexualidad, trascendiendo la finalidad de reproducir individuos de la misma especie, constituye el alimento de los sentimientos amistosos que conducen a la unión y a la colaboración. Son los sentimientos y las actitudes que, junto con el anhelo, insospechadamente pertinaz, de realizar “obras buenas”, nos permiten convivir en una comunidad civilizada. No ha de ser casual que una consciencia nueva de la trascendencia de esos valores que la sexualidad motiva nos alcance en una época en la

que nos acosan dos perniciosas enfermedades del espíritu: el materialismo y el individualismo.

¿Podremos desandar el camino equivocado que conduce a sobrevalorar, la mayoría de las veces en secreto, al sexo desaprensivo y al dinero fácil? ¿Hacia dónde vamos? No es algo que se puede ver con claridad. Las especies que pululan en la corteza del planeta lo recorren como una ola con una fuerza propia. Mal que nos pese, debemos admitir que una cosa es surfear una ola y otra, muy distinta, es creer que uno la está conduciendo hacia donde uno quiere. Pero también es cierto que no sólo hay olas y surfistas, también hay caballos y jinetes, y que si no fuera por Cristóbal Colón, el descubrimiento de América no hubiera sido lo mismo en tiempo y forma.

Entre las turbulencias que hoy nos agitan y nos llenan de desasosiego, vemos cómo el querer, el poder y el deber colisionan y se desfiguran mutuamente. ¿Será cierto que, cuando Pandora (la mujer “todo dones” que Prometeo cedió a su hermano Epimeteo) abrió la caja que Zeus le obsequió, las calamidades se esparcieron por el mundo y, en el fondo, sólo quedó la esperanza?

Capítulo 1

Caótico e incalculable



Turbulencia es la cualidad de turbulento, y turbulento es agitado y turbio, desordenado, revuelto. La turbulencia se registra en los distintos tipos de fenómenos que estudian ciencias diferentes. Turbulento es un acontecimiento que se comporta en forma caótica e incalculable.

Hay cambios paulatinos y graduales, continuos, que transcurren, en su gran mayoría, lejos de la consciencia, y otros discontinuos, bruscos, inquietantes, que alteran la tranquilidad y se manifiestan

en la consciencia como *turbulencias* con cualidad catastrófica. (Recordemos que catástrofe no sólo se usa para designar a una calamidad, sino también para referirse a un cambio súbito que no permite reconocer un estado intermedio).

Cuando un vínculo atraviesa una situación delicada que requiere una intervención “quirúrgica”, más allá del éxito o el fracaso de lo que la operación procura, y de un trauma que puede ser inevitable, la torpeza en la intervención genera turbulencia.

En la zona en donde ocurren los fenómenos de turbulencia, el orden se transforma en un caos que no comprendemos, y el caos, imprevisiblemente, genera de nuevo un orden. Ese borde en el cual la vida es activa y en el cual inevitable y fatalmente se vive es también el lugar donde lo que florece se amputa y la amputación genera nuevos brotes, donde la creatividad suele despertar al odio y el odio, a veces, se vuelve creativo.

Vivimos dentro de un *corpus* normativo, residuo de las convivencias pasadas, que llamamos sociedad y que es también civilización, educación y cultura. Ese “encuadre”, necesario en toda convivencia, configura un mundo ético, inevitablemente “protocolar”, que procura evitar la turbulencia y

que suaviza nuestras superficies, posibilitando un contacto “sin naufragio” que constituye, lo sepamos o no, un con-trato. Civilización, educación y cultura se adhieren, entonces, a nuestra superficie configurando el carácter, el “estilo” que filtra nuestra conducta y configura una conciencia que será, desde el comienzo, moral.

Alrededor de 1985, en una época en que comenzó a circular en la comunidad psicoanalítica de Buenos Aires la expresión “la crisis actual del psicoanálisis”, podemos reconocer las características de una turbulencia que se manifestó en la “prolífica” difusión de tres involuciones: la banalización de sus descubrimientos, el frecuente deterioro de su ejercicio y la falta de solvencia de muchos psicoterapeutas mal formados que pretenden conocer su ejercicio o haberlo superado.

Pero en el campo de la psicoterapia psicoanalítica la turbulencia aparece, además, bajo otra forma que también es nueva. Si en la época de Freud una de las tareas que el psicoterapeuta se proponía era reconciliar el yo del paciente con un superyó más tolerante y más maduro, en ese momento no había duda alguna con respecto a cuáles serían los preceptos consensuales normativos de ese superyó

avalados por el consenso social predominante. Hoy la tarea es mucho más compleja, porque no se trata solamente de conciliar el yo del paciente con los mandatos de su superyó, sino también de comprender qué tipo de superyó se ha construido y cómo establece sus valores. La añoranza, que a veces se manifiesta por un retorno a los valores de antaño, parece minimizar el hecho de que se trata de procesos complejos que no pueden ser recorridos hacia atrás.

Capítulo 2

Complejidad y perplejidad



No cabe duda de que la ciencia y la tecnología han multiplicado nuestro poder de manera exponencial, mientras que en el terreno afectivo nos conmueven los mismos afectos que en la época de Shakespeare, hace unos cuatrocientos años, conmovían a la gente que habitaba una pequeña aldea. La desarmonía entre el desarrollo del poder tecnológico y el primitivismo afectivo se ha comparado con lo que podría ocurrir si se distribuyeran ametralladoras en una tribu salvaje o con lo que puede ocurrirle a un mono con un tubo del pegamento que suele llamarse

“gotita”. No podemos asegurar que nuestra civilización sobreviva, pero precisamente por eso tampoco podemos asegurar que no lo lograremos. Vivimos en un mundo complejo en el cual la inmensa mayoría de fenómenos escapan a la simple relación de causa-efecto que describimos con ecuaciones lineales. De manera que nuestras previsiones, con respecto a la mayoría de los fenómenos del mundo, son (como un pronóstico meteorológico a cinco días de plazo) muy poco confiables. En esas condiciones podemos, mediante la razón, explicar bastante bien por qué fallamos, pero nuestro pensamiento racional no explica el logro de la compleja adaptación que nos mantiene en el mundo.

Construimos una imagen del mundo mediante la percepción. *Per-* denota “más”, y *-cepción* significa captar. “Complejo” procede del latín *complexus*, y *plexus* alude a una red formada por filamentos entrelazados. La palabra “per-plejo” denota un entrelazado muy intrincado: la com-plejidad que se manifiesta como una *turbulencia* que nos per-turba.

Cada especie configura su propio mundo perceptivo. En la misma ciudad (Jakob von Uexküll, *Ideas para una concepción biológica del mundo*), mientras un hombre se detiene frente a la tienda

que vende chocolates y lee las noticias en las pizarras del periódico, su perro contemplará tal vez los encurtidos de la carnicería y olisqueará las novedades urinarias en el tronco de un árbol.

La noción de espacio (cuerpos y lugares) surgió, en la antigua Grecia, como una *geometría* que permite medir con una cierta ilusión de exactitud, pasando por encima de las irregularidades que presentan los objetos, lados, ángulos, perímetros y superficies, o puntas, aristas y volúmenes. Nubes, árboles, rinocerontes y tornados, y las mejores teorías de la física, se resisten a las formas regulares de la geometría euclidiana. Vistas desde una nueva geometría, fractal (*fractus* denota fragmentario e irregular), las formas de los seres vivos o las de los minerales, lejos de ser un proceso azaroso, son el resultado de una relación funcional matemáticamente formulable.

La geometría fractal permite “darse cuenta” de que las tres dimensiones habituales del espacio son simplificaciones que no sólo conducen a las formas clásicas (el árbol, la relación continente-contenido que se observa en las vejigas, ampollas o vesículas, la disposición en redes con núcleos de convergencia, como sucede entre las neuronas del cerebro o los usuarios de internet). También se manifiestan en

la manera en que se adquiere la fama, en la convergencia de opiniones en una comunidad civil y en los aumentos o las disminuciones repentinas en la reproducción de los conejos, en la magnitud de las cosechas de algodón o en la fluctuación de los precios del petróleo o de las acciones en la Bolsa de Valores.

Newton introdujo la idea de un cálculo diferencial “lineal” que permitió explicar como causa y efecto y predecir el vuelo de una bala de cañón, el crecimiento de un vegetal, la combustión del carbón o el funcionamiento de una máquina. Pequeños cambios producen pequeños efectos, y los grandes efectos surgen de muchos cambios pequeños. La *turbulencia*, la irregularidad y la imprevisibilidad nunca faltaron en el mundo, pero la ciencia asumió que esa complejidad algún día sería desentrañada con ecuaciones “lineales”.

A fines del siglo XIX, Henri Poincaré señaló que bastaba con la presencia de la Luna para que el movimiento de la Tierra alrededor del Sol no pudiera ser previsto con total exactitud (las ecuaciones no lineales escapaban a las posibilidades matemáticas de entonces). Que el problema del tercer cuerpo celeste, los eventos abruptos o discontinuos (explosiones, fisuras repentinas o huracanes), pudiera

resolverse por aproximación alimentó el hechizo de una esperanza. Pero en 1970 los avances matemáticos y el ordenador de alta velocidad permitieron comprobar el “efecto mariposa”, por obra del cual cambios muy pequeños producían efectos grandes e inesperados. Cuando se opera sobre una realidad compleja, sea biológica, social, política o médica, y se trata de influir en ella, es peligroso regirse por un pensamiento lineal. La terapéutica farmacológica suele diferenciar entre efectos beneficiosos y otros perjudiciales, que se consideran secundarios, aunque todos ellos son simplemente los efectos de un fármaco que actúa en una realidad compleja.

La teoría de la relatividad ha subvertido las nociones de tiempo y espacio con las cuales crecimos, conduciéndonos hacia una imagen del mundo que nuestra intuición rechaza. Pero la teoría cuántica, que ha demostrado una enorme eficacia tecnológica, ha dado un paso más, porque cuestiona la validez universal del pensamiento lógico. Ambas teorías nos conducen hacia concebir un universo que oscila entre el caos y el orden, que, en su totalidad, es inaccesible a las facultades humanas y funciona regido por leyes que no sabemos si son inmutables.

Cuando intentamos prever los cambios abruptos de un sistema complejo, que percibimos como *turbulencias* o discontinuidades, nos encontramos con dificultades extremas. La palabra “discontinuidad” alude a que es un cambio que se caracteriza porque el tránsito de un estado al otro es imperceptible. Teorías, como la de las catástrofes, o descripciones, como la de los “atractores extraños”, se han demostrado útiles en nuestro encuentro con las sorpresas que la complejidad nos depara.

Al referirse a pacientes en tratamiento psicoanalítico, el insigne psicoanalista inglés Wilfred Bion usó las expresiones “revertir la perspectiva”, “cambio catastrófico”, y “tormenta emocional”, para aludir a una brusca variación en la dramática de la sesión de psicoanálisis. En cuanto al término “atractores” (algunos, producto de una complejidad, se han denominados extraños), surge frente a procesos que pueden ser comprendidos previendo hacia dónde se dirigen u observando qué tipo de circunstancias los “atraen”. Si arrojamus una pequeña bola en un embudo, no necesitamos calcular las vicisitudes de su compleja trayectoria para prever que finalizará en el fondo.

Capítulo 3

Del caos al orden



Cuando un efecto influye retroactivamente sobre la causa que lo produce, ocurren una “retroalimentación negativa”, si la inhibe, y una positiva, si la incrementa. En el primer caso, se produce una regulación (un control que dio origen a la *cibernética*); en el segundo, por el contrario, un desorden que tiende a la destrucción del sistema, como sucede cuando un micrófono se acopla con el sonido de los parlantes y provoca un ruido ensordecedor. Así funcionan muchos hábitos perniciosos y las adicciones o los apegos afectivos que son perjudiciales. Sin embargo, la replicación no sólo funciona como

una reiteración reverberante que se encamina hacia la destrucción del orden, el caos; en algunas ocasiones, se organiza para convertirse en un orden que surge inesperadamente de un cambio de conducta que cada integrante adopta frente a sus inmediatos vecinos. Una pequeña “inexactitud de la copia” se reitera, crece y se vuelve a manifestar como una estructura organizada por la inevitable conducta de cada integrante. El flujo espontáneo del tránsito en una ruta automovilística surge de la inevitable conducta que cada integrante “molecular” se ve forzado a adoptar frente a sus inmediatos vecinos. No hay jerarquía en una red, autopoietica y fractal.

Un corazón que late con regularidad cronométrica es un corazón enfermo. Sus variaciones saludables, acordes con las fórmulas de una matemática fractal, no sólo reflejan un movimiento que es la expresión de una resonancia “emocional” armónica con el estado funcional de la red constituida por el organismo entero en su relación con el entorno, sino que se diferencian de una irregularidad azarosa tanto como la estructura de una composición musical se diferencia del ruido. El protoplasma de nuestras células, la sustancia que nos constituye, es un coloide, es decir, una

dispersión de partículas o macromoléculas en un medio continuo que funciona como una interfase entre un estado líquido y un estado sólido. La “carne” de nuestra vida posee todas las características de un cristal líquido, un semisólido rico en agua, como el que constituye las pantallas de algunas computadoras, dentro del cual las partículas están orientadas por campos electromagnéticos. En el coloide de nuestro protoplasma celular, esos campos magnéticos se organizan como pautas que no sólo determinan la evolución de su forma y su comportamiento funcional, sino que además son fractales autorreplicativos que repiten interminablemente su configuración. Como sucede en un holograma, cada parte refleja y aloja de ese modo la información que constituye el todo, manifestándose como lo que Mae-Wan Ho denomina una consciencia corporal (organizada y acorde) “dentro” del cuerpo entero. Las tensiones y las fuerzas que dan vida a ese conjunto funcionan intrincadas de una manera inseparable en sistemas acoplados y dotados de una integridad tensional que se denomina tensegridad. Se caracteriza por una resistencia a la deformación que se manifiesta como una tendencia a recuperar la

forma y que depende de la tensión existente entre los elementos que componen al conjunto entero.

Desde hace miles de años los hombres piensan y, funcionando entre la superstición y la ciencia, tratan de prever. Así llegaron a los conocimientos que alcanzaron y que “con el tiempo” se fueron modificando. Las predicciones fallidas con las cuales hubo que lidiar comenzaron como sólidas creencias que suelen considerarse luego como supersticiones, o como “mitos”, que hay que descartar. Hay quienes piensan que vamos descubriendo, incesantemente, verdades que serán eternas, mientras que otros admiten que lo que hoy juzgamos verdadero mañana será considerado un mito producto de una superstición que, a lo sumo, constituye una forma simbólica que funciona como una metáfora.

El pensamiento y la civilización evolucionan y hay palabras que en distintas épocas se utilizan con mayor frecuencia y adquieren significados nuevos. El término “sistema” designa un conjunto organizado de elementos que funcionan interrelacionados entre sí y, como sistemas abiertos, con su entorno (como los sistemas nervioso y digestivo, por ejemplo).

La teoría general de sistemas, nacida en la biología (Bertalanffy), floreció junto con una morfología

(de *morphe*, forma) en la biología y en la lingüística. La *forma exterior* coincide con la *figura*, que deriva de *ingere*, “amasar”, “modelar” y “dar forma” (de *ingere* deriva *ingir*). La *forma interior* coincide con el significado de *estructura*, que deriva de *construir*. Una *horma* es una forma, un molde, una pauta o patrón. Los términos “formal”, “formalidad” aluden al respeto de las normas que aseguran una conducta, “en forma”. Existen fórmulas, formularios, formulismos, transformaciones, conformaciones, deformaciones, conformismos, deformidades, uniformidades, informes, reformas, una teoría de la información, una informática y una escuela que se apoya en una teoría de la forma (*Gestalt*).

Los términos “sistema”, “forma” y “modelo” confluyen en teorías sobre *la complejidad*. La geometría fractal, las teorías acerca de las catástrofes o el caos se ocupan de configuraciones que funcionan de una manera autorreplicativa y autocreativa (autopoiética), que surgen de un modo “espontáneo” (como un orden que nace imprevistamente del caos) y que presentan nuevas *propiedades emergentes*.

Capítulo 4

Hay *software* en el *hardware*



Alan Turing pasará a la historia como el hombre que creó la computadora. Una máquina (un procedimiento efectivo) para ejecutar lo que otras máquinas (los programas) le piden que haga. Pocas personas recuerdan que, como Goethe, se ocupaba de la morfogénesis. Una capacidad biológica para desarrollar cuerpos cada vez más complejos a partir de orígenes increíblemente simples.

Goethe fue el fundador de la morfología en biología. Pero Turing, casi dos siglos después, contempló la morfogénesis como la capacidad de todas las formas de vida para desarrollar cuerpos cada vez más complejos a partir de orígenes increíblemente simples y sin ningún plan maestro. Las distintas estructuras del cerebro, los barrios de las ciudades o los tejidos y los órganos del cuerpo, el hormiguero, la formación de una bandada de pájaros que vuelan y la selva que habita una región geográfica son formas que funcionan como sistemas, con propiedades nuevas que emergen del contacto entre sus elementos, sin una dirección central. Se constituyen como fenómenos complejos porque no pueden ser previstos utilizando una relación lineal entre una causa y un efecto. Nuevas funciones retroactúan sobre sus causas “para que” una mano se transforme en puño y en martillo. Así el martillo termina formando parte de la mano y el largavista, del ojo.

Rupert Sheldrake sostiene que los sistemas naturales autoorganizados se forman bajo la influencia de campos organizativos que denominó “mórficos” y que actúan con total independencia de cualquier distancia geográfica. Numerosas experiencias

parecen confirmar su teoría. Una de ellas se ha realizado con ratones, que aprendieron cómo recorrer un laberinto en el momento en que un miembro de la misma especie realizó el aprendizaje por sí mismo en un país lejano. Por otro lado, se sabe, desde 1956 (pero se ignora cómo sucede), que las feromonas liberadas por una mariposa hembra en cantidades ínfimas atraen a los machos de la misma especie desde distancias enormes. La *sincronicidad* en acontecimientos distantes, que despertó el interés de Carl Jung, coincide con lo que la física cuántica describe como entrelazamiento (*entanglement*) y se comprende intuitivamente si se piensa en el destino “simétrico” de las partículas que provienen de una explosión.

Nunca previmos que alcanzaríamos los conocimientos que la ciencia aporta ni el poder sorprendente de la tecnología actual. También han sucedido cambios trascendentes en nuestra manera de pensar al mundo y en nuestra relación con él. Cuando decimos que, por obra de la globalización, de las comunicaciones y de las redes, el mundo se ha achicado, lo que expresamos “es más” que una metáfora, porque en este mundo “de tamaño menor” son posibles muchas cosas que antaño eran imposibles.

También han sucedido males “nuevos”, cambios que no sólo nos abruman, sino que además con frecuencia otorgan un pretexto a la angustia *que se “atesora” evitando realizar un duelo* y toma la forma de un porvenir ominoso o se manifiesta encubierta por un relativismo moral “justificado” por la supuesta maldad del mundo.

Cabe reproducir aquí algunos de los argumentos que hoy se oyen. El agotamiento de los recursos del planeta, la polución, el recalentamiento, la disminución de la capa de ozono, la insuficiente generación de energía y la escasez de agua potable. La extinción de numerosas especies y la reducción de los bosques naturales y de los peces en los mares. La distancia progresiva entre pobres y ricos, y el aumento, en ambos, de las distintas adicciones y de algunas enfermedades. La influencia perniciosa de una comunicación masiva que difunde pensamientos espurios que se “viralizan”. La creencia de que el aumento del producto bruto per cápita indica que un país progresa. El predominio del materialismo y de la degradación moral y la desvalorización de la cultura y de los bienes espirituales. Un oculto divorcio entre los valores que se propugnan y se declaman y aquellos que, en secreto, constituyen

una verdadera creencia. Las guerras y los negocios inmorales, una crisis global en la economía de los recursos, los medios de pago y el cumplimiento de los compromisos contraídos. El aumento de la corrupción, la perversión y el delito, ejercidos por personas o por asociaciones, que se manifiestan en el engaño, la estafa o la explotación, pero también en el asesinato, la tortura o el robo. Que se difundan rápidamente, en el mundo entero, noticias que se autorreplican, y que las que más se propagan se refieran a los males que nos aquejan. Son calamidades que nos precipitan en situaciones complejas, caóticas y turbulentas, frente a las cuales no funcionan las aproximaciones lineales, y que “se arman” de un modo autopoiético similar al de las redes que funcionan con múltiples focos que se rempazan entre sí en momentos distintos, muchas veces fugaces. Su dinámica es independiente de cualquier orden jerárquico, porque es imposible identificar dentro de ellas el “punto de partida” de su comportamiento global. Esos puntos de partida parecen ser los malos de los cuales Porchia dice haberse liberado, cuando escribe: “Había males y había malos. Hoy hay solamente males. Me he liberado de los malos”.

Frente a lo que las teorías de la complejidad nos enseñan, resulta una solución ilusoria pensar y escribir cediendo fácilmente a la tentación lineal de identificar “culpables”. Porque los presuntos autores, se trate de individuos aislados o de conjuntos humanos parciales, más que los perversos artífices (de corporaciones multinacionales o de regímenes totalitarios, por ejemplo), son representantes de procesos complejos que funcionan sostenidos por integrantes multitudinarios. Dado que representan un accionar colectivo en el cual predomina una contradicción entre el decir y el hacer, y en la medida en que esa contradicción que se sostiene para evitar un duelo perdure, si se anula un obstáculo, será sustituido.

Profundizar en el estudio de la complejidad, de la cual la maldad forma parte, puede conducirnos a influir en los procesos caóticos y turbulentos que nos conmueven. Recordemos dos frases de Porchia: “Hago lo que hago para que el universal equilibrio de que soy parte no pierda el equilibrio”, y “el hombre es aire en el aire, y para ser un punto en el aire necesita caer”. “Caer” es “darse cuenta” de lo que nos sucede. En los sistemas complejos, pequeñas acciones pueden producir grandes efectos,

TURBULENCIAS

y son muchas las veces (con frecuencia desapercibidas) en que un acto nimio, “casual” e involuntario ha impedido que un acontecimiento como el que hubiera podido ocurrir sucediera.

El comportamiento de cada molécula o de cada célula influye en las que tiene alrededor. La célula que inicia su aventura como cáncer comienza por interrumpir su contacto con las que constituyen su entorno normal. Necesitamos establecer, con lo que nos rodea, se trate de personas, de cosas o de instituciones, una “política de buena vecindad”, mientras intentamos, al mismo tiempo, comprender cada vez mejor la complejidad del mundo dentro del cual vivimos.

Capítulo 5

¿Dónde reside la superioridad del hombre?



La humanidad integra en el cosmos un megaorganismo variopinto que habita en la corteza del planeta desde unos siete mil metros en el abismo del océano hasta unos pocos menos en lo alto del cielo. Solemos asumir que un ser humano es mucho más que una hormiga o una célula. Pero no es fácil establecer dónde reside la supuesta superioridad del hombre. Las formulaciones antropocéntricas muestran indudables semejanzas con la imagen geocéntrica anterior a Copérnico. Porchia escribe:

“Y si eres alguien en lo que es el todo, eres alguien de lo que es el todo y en lo que es el todo, no alguien de lo que eres tú y en lo que eres tú. De lo que eres tú y en lo que eres tú no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.

Suele aducirse que el pensamiento racional, la capacidad para simbolizar y la consciencia de sí mismo son tres exclusivas y valiosas cualidades que distinguen a los seres humanos, pero la cuestión no es tan fácil.

Sabemos que razonar es establecer una razón, una *ratio*, una diferencia, mediante un juicio que afirma o niega algo acerca de algo. Pero el núcleo del pensamiento racional es inseparable de la vida, y ya se halla presente en cualquier organismo “primitivo” cuando “juzga” y discrimina entre el alimento que incorpora y la toxina que evita. Las espirales que se observan en las nebulosas y en los caracoles o las fórmulas fractales que “rigen” la morfología de nubes, montañas, tornados u organismos vivos “son de la naturaleza”; el hombre no inventa una geometría, la descubre. Aunque se define a sí mismo como un *Homo sapiens*, queda claro que participa de una capacidad racional en la que se halla inmerso.

A pesar de lo que sostiene una minoría de biólogos ilustres, predomina la creencia de que la consciencia de sí mismo (la posibilidad de ensimismarse), que posibilita una autorreferencia, es una cualidad que nos diferencia de los otros seres vivos. La “imagen” que acerca de nosotros mismos construimos, que denominamos “yo”, es el resultado de un proceso dinámico que conduce a conclusiones provisionarias e inestables. Freud postula un yo inconsciente reprimido, separado de un yo consciente que denomina coherente, y que, más allá del yo inconsciente reprimido, existe un ello que abriga *innumerables existencias anteriores del yo*.

Se suele destacar, además, que el ser humano posee la capacidad para representarse una realidad materialmente ausente mediante símbolos que dan cuenta de una capacidad que se manifiesta como un lenguaje verbal. A esa tesis establecida y vigente entre lingüistas y filósofos, ha adherido siempre una inmensa mayoría de psicoanalistas, sosteniendo que la capacidad para simbolizar se comienza a lograr paulatinamente transcurridos algunos meses de la primera infancia. Entre tantos autores que dan por sentado que la simbolización humana es exclusiva, muy pocos han aclarado lo que entienden

cuando dicen “símbolo”. Susan Langer (*Nueva clave de la filosofía*) aclara que un signo (como el humo respecto de fuego) indica una presencia; un símbolo (el dibujo de unos bigotes en la puerta de un baño para caballeros, por ejemplo) representa (alude o evoca), en cambio, la imagen de un hombre que, en los bigotes de la puerta, “está ausente”. Sin embargo, cuando un perro, llevado por su deseo, desentierra un hueso que ha escondido, lo que “tiene en mente” es un símbolo, representante de un particular ausente. Experimentos (David y Ann Premack) con Sarah, una mona chimpancé, mostraron que componía frases del tipo “Sarah quiere chocolate”, adhiriendo piezas en un pizarrón magnético.

La cuestión acerca de la capacidad simbólica no se introdujo en el psicoanálisis a partir de la psicología animal, sino en torno de aceptar que una determinada alteración en la forma o la función pudiera ser interpretada como un símbolo que representa y sustituye, de manera inconsciente, a un particular significado (“específico”) que no llega a la consciencia. Así como ha ocurrido con el psiquismo fetal, que ha logrado una mayor aceptación por ecografías de la vida intrauterina que hablan

por sí mismas, el nacimiento de una biosemiótica ha demostrado la existencia de una simbolización inconsciente. Lo mismo puede decirse acerca de la ingenua presunción de que el hombre es el único organismo que posee una capacidad simbólica.

A pesar de que ninguna de las tres facultades que han sido señaladas como características de “la humanidad del hombre” se observan en otros organismos vivos, en él se presentan de un modo que alcanza un particular desarrollo. El pensamiento racional y la formación de símbolos, por ejemplo, confluyen en la creación de teorías y en un conocimiento científico que ha dado lugar a un impresionante poder tecnológico. Abrió un camino que va desde el hacha de piedra hasta la navegación espacial, y produjo, por ejemplo, el microscopio, los anticuerpos monoclonales, la nanotecnología, o bien la creación de formas artísticas que funcionan como caja de resonancia de las emociones, la cultura que ha transformado los mitos de antaño en deseos y sueños de hogaño, amplificando las intuiciones que nos ponen en contacto con el espíritu que nos mancomuna.

Los distintos desarrollos que, “intrincados” en una indisoluble trama, ensaya en el planeta la

vida conducen, una y otra vez, hacia la inquietante pregunta: ¿cuál es el “puesto” del hombre en el cosmos? ¿Cuál es el valor y el significado de la humanidad entre las formas de la vida? ¿Por qué la palabra “humanidad” posee también el significado de lo benevolente, benéfico y caritativo que se resume en el vocablo “humanitario”?

Es obvio que, lejos de una benevolencia edulcorada y meliflua, se trata de aquella a la que es necesario apelar cuando son imprescindibles los “recursos humanos”. Si es cierto que integrados en un ecosistema funcionamos como los pájaros que vuelan sin tener consciencia de la forma que en su conjunto configuran en el cielo, también es cierto que ignoramos inexorablemente el significado que adquiere la humanidad en el conjunto entero de la vida. Cada uno de nosotros sabe, sin embargo, si vuela respetando su lugar y la distancia frente a los que tiene al lado, y es esa “responsabilidad”, que se asume o se declina, la que le otorga o le quita el sentido a nuestra vida.

Capítulo 6

Si lo anormal fuera anormal...



El bienestar transcurre de manera inconsciente y automática, y por eso suele decirse que es el silencio de los órganos. Porchia escribe: “Y si no hubiese luces que se apagan, las luces que se encienden no alumbrarían”. Si alguien afirma que está respirando bien, sabemos que recuerda que respiraba mal. La consciencia es un órgano dedicado a registrar algo que hace falta resolver. Los problemas resueltos sólo surgen en la consciencia para animarnos a enfrentar los males pendientes de solución.

A pesar de que hay psicoanalistas que pensamos, como Freud y Weizsaecker, que soma y psique son

dos aspectos de un mismo existente, también sabemos que en una enorme mayoría de las veces solemos usar dos palabras distintas para referirnos a dos existentes que diferenciamos: soma y psiquis (el nombre científico del alma).

¿Qué tipo de proceso da inicio y le otorga un “molde” a lo que nuestra consciencia concibe como “ideal” y placentero? Nuestros ideales y “bondades” surgen como contrafigura de nuestros fracasos y sufrimientos, de nuestras malas experiencias. Porchia señala: “Quien hace un paraíso de su pan de su hambre hace un infierno”. Pero también habría que decir que quien sufre el infierno de su hambre construirá un paraíso hecho con pan. Ortega sostenía que el peor castigo para un idealista sería obligarlo a vivir en el mundo que él es capaz de concebir, porque sería un mundo carente de todo aquello que el idealista, habiéndolo disfrutado de manera inconsciente, olvidaría incluir (el oxígeno, por ejemplo).

Freud sostenía que el psicoanálisis no promete librar a su paciente de todo sufrimiento, sino sólo sustituir el sufrimiento neurótico por “el otro”, inevitable, que es normal en la vida. Nos encontramos de nuevo con Porchia: “Si lo anormal fuera

realmente anormal no existiría". Recordemos que el corazón normal no late con regularidad cronométrica, y su irregularidad es música, no es ruido.

Aunque todos los dolores se sufren en el alma, solemos decir de algunos que son físicos, porque se sienten "en el cuerpo" y también por lo que pensamos acerca de su origen. Sin embargo, cuando reflexionamos sobre lo que significa sufrir, hay palabras como "dolor", "pena", "penuria", "aflicción", "quebranto", "congoja", "inquiétude", "desasosiego" o "angustia", que no diferencian claramente entre dolores del cuerpo y del alma. Hemos afirmado, sin embargo, que hay dolores que no valen lo que "vale la pena", utilizando la palabra "pena" para referirnos a un sufrimiento que se siente en el alma y que muchas veces se oculta detrás de un dolor que se experimenta en el cuerpo.

Aunque el asco y la vergüenza, los dos modos de la conciencia moral, fueron señalados por Freud como los motivos principales que conducen a la represión de otros afectos, la necesidad de evitar la angustia aparece con frecuencia en primer plano. La angustia, que Rank y Freud relacionaron con el trauma del nacimiento, deriva hacia dos afectos "límitrofes". La descompostura, vinculada

con los sucesos prenatales, con sensaciones predominantemente corporales, como el desmayo o la náusea, y la desolación (“soledad”), vinculada con acontecimientos neonatales y con imágenes predominantemente anímicas (abandono, aislamiento y desamparo).

Todos nuestros sufrimientos surgen frente a un cambio súbito (catastrófico) que exige procedimientos nuevos. Entre los dolores que se sienten en el cuerpo, hay algunos que reclaman nuestra atención de una manera que no admite dilaciones. Freud señala que el poeta con dolor de muelas ve todo el mundo desde el estrecho agujero del diente. Sin embargo, cuando podemos sostener la penuria que ocasiona un cambio, el sufrimiento “se gasta” en el proceso de acostumbramiento que denominamos duelo.

Un concepto fundamental y precoz del psicoanálisis surgió al descubrir (Freud y Breuer) que los síntomas desaparecían cuando la paciente lograba hablar de un acontecimiento emocional que la atormentaba, y que hay recuerdos que permanecen inconscientes porque evocarlos conduce a resentir emociones traumáticas. La resistencia a “curarse hablando” correspondía a una fuerza que también

operaba de manera inconsciente y que denominaron represión. Es decir que el motivo de la represión es impedir el desarrollo de un afecto penoso.

Los distintos modos de enfermar son procesos que procuran inhibir el desarrollo de un afecto penoso recurriendo a diferentes “síntomas”, símbolos representantes que, inconscientemente, “repiten” episodios traumáticos que así “modificados” no se recuerdan. Pero esas formaciones sustitutas, que disminuyen o anulan un conflicto afectivo, se constituyen al precio de configurar trastornos que (sean “mentales” o “somáticos”) llegan a veces hasta el extremo de comprometer o arruinar gravemente la amabilidad de nuestros vínculos y nuestro vivir saludable.

El egoísmo exagera tendencias egoicas normales que constituyen y protegen al ego, y por eso, lejos de proteger al yo, lo perjudica. Un ego sólo puede ser, bien o mal, en su relación con los otros, con los cuales convive. Cada cual se constituye como una combinatoria particular de los mismos “ladrillos”. sin embargo, a pesar de que desde ese punto de vista somos “únicos” y no se nos puede intercambiar fácilmente, también es cierto que somos semejantes. Tal como señala Porchia: “Cada uno

cree que sus cosas no son como todas las cosas de este mundo. Y es por ello que cada uno tiene sus cosas”. Y también: “De uno solo no hay nada. Ni la soledad”.

Entre aquello que nos hace falta, una primera carencia surge del fracaso en el dominio de una parte ajena, muy apreciada, que comenzamos considerando propia y que, en cambio, comenzó a regirse por una voluntad que no es nuestra. También señalamos que esa falta, sentida como una dolorosa mutilación, puede ser contemplada como el origen de los sentimientos de envidia y de celos, que a su vez conducen hacia la rivalidad y la culpa. Como sucede con el hielo que flota en el océano, sólo aflora en la superficie una mínima parte de esos cuatro colosos, la magnitud de cuya fuerza trascurre insospechada.

Capítulo 7

Los encuentros



La palabra “encuentro”, que utilizamos para designar el acto de reunirse dos o más personas, se refiere sobre todo a la coincidencia de las cosas, que pueden llegar a chocar unas con otras en el momento en que se tocan o acoplarse suavemente. Un encuentro es también un hallazgo, y la expresión “el que busca encuentra” puede interpretarse en el sentido esperanzador de que el esfuerzo de búsqueda culmina con éxito, o adjudicarle el significado amenazador de que aquel que provoca recibe una respuesta hostil, acorde con el proverbio: “El que siembra viento cosecha tempestades”.

Los encuentros pueden ser interesantes, enriquecedores, gratificantes, placenteros, traumáticos, frustrantes, desagradables, aburridos o muchas cosas más. Pero importa subrayar que hay encuentros turbulentos y otros anodinos. “Anodino”, por su origen latino y griego, significa sin dolor (indolente). Se usa también para referirse a algo que es insignificante, ineficaz, insustancial. Hay encuentros que por ser banales o triviales nos dejan en el alma la sensación de estar desperdiciando un tiempo irrecuperable que “se pierde”, un pedazo de la vida que se gasta inútilmente, o la sangre de una herida que es profunda y grave. Algunos, entre nuestros encuentros indolentes, nos aburren. Nos aburrimos cuando nuestros deseos quedan reprimidos y nuestra excitación, desconcertada, no encuentra su camino. Pero en otras ocasiones logramos ensimismarnos y nuestros encuentros anodinos nos distraen.

El estado de ánimo que “decide” entre encuentros anodinos y encuentros turbulentos no puede ser comprendido con aproximaciones lineales. La turbulencia mancomunada eventos tan distintos como los de un tornado, una congestión en el tránsito, una revuelta callejera o el fenómeno creativo

que en un grupo de trabajo se designa con la expresión “tormenta cerebral”. Lo que las teorías de la complejidad denominan *turbulencia* es un estado de desorden catastrófico y caótico que suele experimentarse como una calamidad, pero contiene “en su interior” el germen misterioso, generalmente imprevisible, de un desenlace creativo que culmina en un orden repentino que es distinto, insospechado y trascendente. A partir de los trabajos de Freud y de Bion, sabemos que esa es nada menos que la característica esencial del estado que puede dar origen a una interpretación psicoanalítica.

Las características de los encuentros entre dos o más personas no sólo dependen de la posibilidad de compartir actividades o, más sencillamente, ideas. Dependen sobre todo de los afectos que surgen en esas circunstancias que derivan, a su vez, de una necesidad afectiva que, aunque no siempre llega a la consciencia de una manera nítida, pugna por obtener su desarrollo en una forma plena. Esa necesidad afectiva es la resultante compleja de un conjunto de emociones que se influyen entre sí, condicionándose recíprocamente. El estado de ánimo que de allí surge constituye el fundamento de los deseos y temores que experimentamos frente

a la posibilidad de un encuentro. Por ese motivo, nada banal, a veces nos interesan los encuentros y otras veces, aun pensando que los necesitamos, tratamos de evitarlos.

La necesidad afectiva, “ser alguien para alguien” (mejor si es alguien para alguien que nos importa mucho) es una necesidad que, aunque suele permanecer inconfesada, pugna de manera prioritaria y tan perentoria como para que vivamos menesterosos de una anhelada sonrisa. Es posible que en esa necesidad se agite un tumulto de emociones desordenadas, contradictorias y confusas que conducen a un encuentro turbulento, pero también que esas emociones se oculten conduciéndonos hacia encuentros anodinos que aburren. La etimología revela el carácter mortificante de una excitación que no llega a configurar una acción, ya que aburrirse deriva de aborrecer y de horror.

Los encuentros de ambos tipos, turbulentos o anodinos, constituyen un adecuado paradigma de que los extremos se tocan, porque los dos están lejos de la zona en donde ocurre una satisfacción “en forma”. Todo tratamiento psicoanalítico que funcione bien transcurrirá oscilando (en períodos que no siempre son breves) de manera permanente

entre ambos extremos. Ortega afirma que aquello que nos muestra lo que las cosas fueron o lo que podrían haber llegado a ser en plenitud es algo que denominamos una *ruina*. Cuando nuestra necesidad afectiva se mueve en los extremos en los cuales sólo nos conduce a encuentros anodinos o turbulentos, nuestra vida se arruina, y en los sectores en que nos arruinamos nos convertimos, inevitablemente, en arruinados y ruines.

Cuando nuestras esperanzas de vivir en armonía con los seres que amamos y evitar asperezas con las personas con las que convivimos se apocan, una pequeña luz, que en el horizonte todavía titila, nos guía, en su lenguaje morse, con los hilos sutiles con los que se tejen las intrigas. Sucede, de pronto, aun en el peor de los momentos, cuando la montaña de agua de un tsunami inmenso se eleva gigantesca antes de romperlo todo en mil pedazos, uno quiere saber... dejar los ojos abiertos... y es esa curiosidad, la misma que en los niños nos despierta ternura, el pequeño bastión en donde, cuando todo se pierde, apenas vencida se refugia la vida. En la curiosidad, sí, pero también en la ternura, porque tal como dice Porchia: “Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él: es lo bueno”.

Capítulo 8

Cuando uno se enajena



Un encuentro turbulento nos conduce a cuestionar nuestras ideas acerca de lo que es un individuo. Más allá de las definiciones de la ciencia, nos conmueve lo que le ocurre a “uno mismo” durante un encuentro turbulento que nos coloca en ese lugar al que aludimos diciendo, cuando lo vemos en otros, que está “fuera de sí”. No son raras la veces en que, en algunas circunstancias, uno descubre un aspecto de uno mismo que hasta entonces ignoraba. Tal como lo expresa Porchia: “La pena humana, durmiendo, no tiene forma. Si

la despiertan, toma la forma de quien la despierta". La relatividad del propio "ego", de lo que uno "es", pasa ahora por un punto diferente, porque uno se cuestiona la importancia que uno tiene para el mundo en el cual vive.

Una célula que forma parte de un organismo pluricelular se integra "aceptando" una especie de "estatuto" que determina que ella y su progenie respetarán el buen funcionamiento del organismo que conforman. Luego de un número prefijado de replicaciones, la célula debe morir (apoptosis). Una célula cancerosa evade ese convenio y engendra una progenie cuyos integrantes, como ocurre con un soldado desertor, cuidan sus intereses en detrimento de los que animan al organismo que ella habita. Puede decirse que las células "normales" de un organismo pluricelular se comportan como las hormigas en el superorganismo que llamamos hormiguero, o como los hombres civilizados y "bien educados" que habitan una ciudad, o como las personas cortesas que respetaban las maneras en la corte del rey. Aunque hay momentos de un estar "fuera de sí", en los que uno se enajena atraído por algo que le importa, a uno le interesa muy especialmente "eso" a lo cual uno se refiere

cuando dice “yo”. Hay un sentimiento de autoestima con el cual nacimos y que consolidaron quienes nos cuidaron en nuestros años infantiles.

Suelen molestarnos las personas a las que “se les nota”, a pesar de sus actitudes educadas, la operación de ese principio de acuerdo con el cual “para uno lo primero es uno”, y nos molesta, sobre todo, en la medida en que nos gobierna ese mismo principio. Necesito comprender que lo que es importante para mí no es tan importante para ti, y que, dada la importancia que tú tienes para mí, lo que te importa también debe importarme. Necesitamos tener presente que nuestra coincidencia o nuestra disidencia siempre son recíprocas, y que ningún asunto puede reducirse únicamente a “tú y yo”. Si juzgamos a partir de lo que sucede con la relación entre el cuerpo y el alma, pasarán muchos años antes de que nuestra intuición acepte que decir “tú y yo”, por ejemplo, además de referirse a las experiencias que ocurren en dos vidas, con dos puntos de vista que consideramos tuyo y mío, alude a una experiencia en donde desaparecen los límites de nuestras individualidades. Tú ves a mis espaldas, como yo veo detrás de las tuyas. Ahora somos también eso nuevo que se llama “tú y yo”,

y eso, que se constituye como coincidencias que descubren lo que tenemos en común, se enriquece con las disidencias que surgen de nuestros puntos de vista. Nuestra reciprocidad surge, a veces, en nuestros “encontronazos” *turbulentos*, pero son muchas las ocasiones en que lo que sucede es más fácil, cuando, en lugar de mirarnos, mirando ambos para el mismo lado, nos entretenemos compartiendo un proyecto.

Hay épocas de la vida en las que se suele configurar una familia y una inserción en la sociedad. Son etapas en las cuales hay necesidades urgentes que atrapan la mirada. Pero hay otras en las que uno se mira en el espejo de lo que ven otros ojos y, en esas circunstancias, muchas veces, asusta la turbulencia de lo que cada uno lleva en sus espaldas y, sobre todo, mirarse en el espejo de lo que ven otros ojos, y en esa circunstancia surge muchas veces la tentación de continuas y permanentes huidas. El turismo (un *tour*, una “gira”, que retorna a su punto de origen, en donde reside el verdadero “centro” que otorga su sentido a la vida) suele funcionar de un modo insalubre, como un viaje “de placer” que debe compensar el malestar con que se vive. Es la época en que las

TURBULENCIAS

parejas suelen aburrirse si se quedan solas y necesitan “salir”. De allí surgen muchos encuentros anodinos que, como un recurso precario, intentan sustituir encuentros turbulentos. Cuando se comparte una disidencia grande, se hace cada vez más difícil coincidir, y se llega muchas veces hasta un punto en que ya no se logra, aunque ambos miren en una misma dirección. Cuando sentimos que vivimos en un mundo habitado por seres que no son “como uno” y que “no hay con quién”, solemos intentar comunicarnos imaginando lo que el otro ve.

En algunos contactos con los seres con los que convivimos entre la familiaridad y lo insólito, nos sentimos heridos, ofendidos y, con frecuencia, enojados. Yace en nosotros una cuestión insatisfecha: las personas que queremos no son “de uno” en la forma, posesiva e intensa, en que “en el fondo” deseamos. Si tenemos en cuenta las disidencias que surgen de nuestra manera de ser, el núcleo que sustenta las injurias que nos agravian y enojan se refuerza. Frente a esos sentimientos podemos mantener (o incluso alimentar) la ofensa y el enojo que sentimos, o “mirar con otros ojos” lo que nos ha sucedido. Que las cosas que se ven sean así, como

se ven, no sólo depende de lo que son, sino también de quién las mira. Uno puede, además, tratando de ver lo que supone que “otro” vería, ver algo distinto en lo que ya ha mirado. Cuando estamos ofendidos o enojados por algo que alguien “nos ha hecho”, mirarlo desde otra perspectiva puede ayudarnos a disminuir el dolor por los agravios y la magnitud de los enojos.

Hay algunas circunstancias en las cuales, frente a la agresión o el desacuerdo, es imprescindible encontrar la distancia necesaria para no tolerar alguna forma de maltrato ni incurrir en ella. Muchas veces el maltrato se convierte en habitual porque el sufrimiento suele utilizarse para acumular méritos, o se transforma secundariamente en una fuente secreta de placer. Otras veces se reprime porque, tal como señala Porchia: “Hay dolores que han perdido la memoria y no recuerdan por qué son dolores”. Hay ofensas reprimidas, que muchas veces “rellenan” el trabajo, la pareja o la relación con los hijos, y se derraman cuando alguien, sin importar quien sea, le agrega una gota. Sucede entonces, muchas veces, que de pronto, en medio de un proceso gratificante y placentero, “el diablo mete la cola” sin que se sepa cómo, desde dónde

TURBULENCIAS

ni por qué. ¿No abundan, acaso, viajes, días, noches, besos y abrazos, planes hermosos, anhelados encuentros, que inesperadamente, como si fueran “tocados” por la humedad y el frío, alteran su curso y se arruina todo?

Capítulo 9

Los promotores de iniciativas



Entre los conflictos que ensombrecen la vida cotidiana, uno de los que sobresalen es la rivalidad. Una conducta, una actitud y un sentimiento de enemistad, que motivan una disputa para dirimir la cuestión acerca de quién es el dueño de un determinado bien (en su origen, el agua del río). Cuando el conflicto se establece, importa poco si lo que se disputa abunda o es escaso, porque lo que suele suceder es que los bienes que realmente se valoran

pasan a ser representados por las nimiedades que con frecuencia se discuten.

El psicoanálisis sostiene que la rivalidad es inseparable de un “complejo” (un conjunto intrincado de representaciones que se reactivan juntas) que recibió su nombre a partir de la leyenda de Edipo. Por obra de ese complejo que Freud considera normal y “nodular”, un hijo o una hija sufren los avatares de un conflicto (la mayor parte del cual no llega a la consciencia) con el progenitor del mismo sexo (y también, aunque de menor intensidad, con el del sexo complementario), motivado por el deseo de obtener un dominio exclusivo sobre el otro miembro de la pareja parental. Comprendemos así que cuando el bien que se disputa abunda o no es valioso, la contienda entre rivales se sostiene porque se ha transformado en el símbolo de una lucha edípica que permanece inconsciente y que muchas veces se escenifica en los juegos de suma cero, en los cuales para que un integrante gane el otro tiene que perder.

En algunas ocasiones ocurre, sin embargo, que la rivalidad trasciende el complejo de Edipo y no se ejerce para triunfar sobre el rival, sino motivada por el valor que se atribuye a lo que se defiende.

Con frecuencia, más allá del dinero, se persigue el poder y la fama, ya que, si bien tanto la fama como el poder poseen sus propios atractivos, que surgen de los intentos de superar la frustración de los deseos edípicos, se necesita la fama para acceder al poder, y el poder para concretar los proyectos. El vocablo “poder” posee un significado doble, porque no sólo designa a la capacidad para una acción determinada, sino también a disponer de la autorización legal o moral para llevarla a cabo. En numerosas oportunidades ambos significados confluyen, porque son muchas las veces que la capacidad de un promotor de iniciativas hace posible cuestionar y modificar a las leyes o las normas que la moral establece. La posibilidad de que se la use bien o mal (apelando, en no pocas ocasiones, a que el fin justifica los medios) depende de la bonhomía o perversidad de los líderes.

Pero el poder corrompe; el abuso de poder y la lucha encarnizada en la que suele desembocar la acumulación de poder son frecuentes. *De hombres con buenas intenciones está empedrado el camino que conduce al infierno*, y no siempre es cierto que el fin justifica los medios.

Cuando se piensa “a los amigos, todo; a los enemigos, ni la justicia”, se niega que *el que siempre viento cosecha tempestades*, y que el relativismo moral, que cambia los principios según quiénes sean las personas a las cuales se aplican, funcionará como un *boomerang* que tarde o temprano retorna.

Por extraño que parezca, sigue siendo cierto que el mal, a la larga, se destruye solo, y que esto ocurre en los tiempos en que el bien todavía perdura. Porque existe, en cada uno de nosotros, una vocación que nos inclina hacia la trascendencia, que da sentido a la vida, y porque, a pesar de las apariencias, ese núcleo de bondad insobornable que llevamos dentro, aunque lo releguemos a un rincón remoto, se retuerce y sufre cuando procedemos mal. Como señala Porchia: “Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él: es lo bueno”.

Walther Tritesch (“Los cambios en las relaciones humanas”, en *La nueva visión del mundo*) menciona un conjunto de investigaciones que coinciden en una sorprendente conclusión: el 5 % de las personas son creadoras y promotoras de iniciativas, y el 95 % restante son imitadoras y sumisas. Al 5 % mencionado pertenecen los innovadores con poder de convocatoria que suelen

asumir espontánea y libremente aun las responsabilidades ajenas. No siempre son los más inteligentes o tienen una visión clara de los motivos profundos y de las consecuencias de sus acciones. Entre esa élite de los mejor dotados para dirigir a los hombres, que suelen ser arriesgados y emprendedores, también se encuentran personajes que son nefastos para la sociedad. Esas relaciones numéricas que se dan de manera constante en la naturaleza (sucede, por ejemplo, con la relación entre la cantidad de aves insensoras, que se alimentan solas luego de abandonar el nido, y las autófagas, que lo hacen desde su nacimiento) no carecen de significado. Que un conjunto de capacidades alcance el óptimo de su eficiencia en grupos constituidos por unas veinte personas coincide con que entre los seres humanos nazcan promotores de iniciativas en la proporción aproximada de uno por cada veinte seguidores. El equilibrio social natural se trastorna “artificialmente” cuando la evolución de las comunidades humanas y de los medios de comunicación permite que un solo creador de iniciativas pueda dirigir a un conjunto constituido por muchos miles de personas. Ese conjunto multitudinario suele subdividirse en

secciones que alcanzan aproximadamente unos veinte integrantes y que, a su vez, son dirigidas por un jefe. Pero (tal como sucede por ejemplo en organizaciones como la Iglesia y el Ejército, que Freud denominó artificiales) las condiciones que debe tener ese jefe de subdivisión son distintas de las que se requieren para regir al conjunto entero. En lugar de la responsabilidad ante los subordinados que confían en “el promotor” que funciona como un líder, el jefe es responsable frente a su superior, que le exige fidelidad, eficiencia, docilidad y disciplina. Los creadores de iniciativas no suelen ocupar tales cargos (como jefes de sección) dentro de esas organizaciones que reúnen un gran número de individuos, y pasan a engrosar una legión de descontentos y defraudados que se dedicarían a envenenar y corroer la civilización. Tal como señala Porchia: “Estás atado a ellos y no comprendes cómo, porque ellos no están atados a ti”; y también: “Quien me tiene de un hilo no es fuerte; lo fuerte es el hilo”. Esa calamidad se atempera porque surge una “clase media” formada por los creadores carentes del grupo que deberían liderar, se dedican a las actividades que denominamos “libres”, aunque no todos los que

TURBULENCIAS

ejercitan esas actividades “libres” poseen la personalidad de un promotor de iniciativas. Entre los integrantes de una Iglesia o un Ejército, por ejemplo, cabe distinguir entre quienes experimentan auténticamente un sacramento o la obediencia sin objeciones y aquellos otros que sólo lo hacen por temor a un castigo.

Capítulo 10

A mi manera



Algunas frases de uso habitual nos revelan que el conflicto, que trasciende los motivos que surgen del ya clásico “triángulo” edípico, no se limita a los grandes movimientos sociales, sino que se presenta en la vida cotidiana de pequeñas agrupaciones humanas como las que surgen en la unión de dos familias, en los grupos de trabajo, en consorcios de copropietarios, en empresas colectivas o en instituciones como clubes, escuelas, sanatorios o cooperativas, cuando tales agrupaciones están habitadas

por más de un promotor de iniciativas. Suele decirse, por ejemplo, “en mi casa mando yo”, para rechazar no sólo las injerencias ajenas, sino también las supuestas “pretensiones” de otros integrantes de la misma familia, cuando insisten en imponer su criterio en la gestión de un asunto. También suele decirse “el casado casa quiere”, para subrayar el hecho de que “tiene que ser a mi manera”, implícito en la expresión “jefe de familia” que, por supuesto, puede recaer sobre una jefa.

Cuando dentro de una agrupación tan pequeña como una familia hay más de una persona que da lugar a la expresión “le quiere enseñar al padre a ser hijo”, que trasciende la rivalidad edípica, su actitud arroja nueva luz sobre el hecho de que a veces un hijo adulto que “en su casa” ya es padre y ha formado una familia queda atrapado en que las cosas tienen que ser a su manera, y huye de las situaciones propias de “la casa del padre”, porque no puede seguir disfrutando de una condición filial que no ha perdido y que no menoscaba su condición de padre. Los conflictos de liderazgo también nos permiten comprender que un padre que ha llegado a la condición de abuelo rechaza la casa o el automóvil del hijo porque, atrapado en el mismo

conflicto, confunde la actitud de acompañar con la desestimación de sus logros.

Las personas promotoras de iniciativas necesitan “contar” con las personas con las que comparten proyectos, y suelen tener dificultades en los caminos trazados por otras propuestas. Sus sentimientos se transparentan con claridad en la canción “My Way”, compuesta por Paul Anka y cantada por Frank Sinatra, que ha vendido más de 500 millones de copias en el mundo.

Nuestro convivir, perpetuamente teñido con los colores de una necesidad afectiva inherente a la vida, transcurre, entre nostalgias y anhelos, como una serie de encuentros, que con frecuencia oscilan entre ser anodinos o ser turbulentos, y nos conducen a que nos “reencontremos”, como decía Dante en la *Divina comedia*, “en una selva oscura donde la vía directa se ha perdido”.

Una realidad compleja, que se configura conviviendo con otros, puede verse como la antigua moneda de dos caras, en donde cuerpo y alma son dos superficies, y en la que, cuando una se contempla, la otra sólo podrá verse en el “espejo” en que la primera se convierte. Pero cuando el concepto de individuo se transforma en relativo, porque

pensamos que los seres humanos (como la abeja y la célula) somos un “superorganismo” con su propia “consciencia”, y el alma y el cuerpo son manifestaciones de ese espíritu que Spinoza denominaba Dios, la moneda se nos transforma en un poliedro de tres caras que confluyen en tres aristas curvas, y el juego especulativo de las escondidas ha cambiado. Porque si miramos a una de ellas las otras dos se nos ocultan, y si centramos nuestra atención en una arista veremos de reojo las dos caras que en esa arista se encuentran, mientras que la tercera será la única que reclama un espejo.

Hay momentos infaustos que se presentan con mayor frecuencia a medida que transcurren los años, cuando la vitalidad que no ha podido reencontrar sus metas hacia horizontes nuevos disminuye, pero también los vemos ocurrir en otras etapas de la vida. En esas condiciones, el consuelo que ofrece Almafuerte (en sus *Sonetos medicinales*), cuando afirma “no han de ser tus caídas tan violentas ni tampoco, por ley, han de ser tantas”, ayuda muy poco; es necesario algo más.

La felicidad es un acontecer inalcanzable que se opone al bienestar, porque sus propiedades fantasmagóricas se dibujan de manera paupérrima,

usando el limitado recurso de imaginar lo contrario de las carencias que nos hacen sufrir. La selva oscura en el medio del camino de nuestra vida, a la cual Dante se refería, no puede atravesarse recurriendo a la persecución encarnizada de una felicidad inalcanzable. Freud ha señalado que el psicoanálisis no puede prometernos suprimir todo sufrimiento, sino sólo cancelar la penuria innecesaria y extraviada, dejándonos frente a la que forma parte inevitable de la vida.

El ser humano, que ha heredado la capacidad de contemplarse para cuidar sus heridas, también ha heredado la actitud de conmoverse frente al dolor que padecen los seres semejantes que pueblan su entorno. La medicina y la psicoterapia nacen como producto de esa simpatía, y el psicoanálisis aumenta las posibilidades de la psicoterapia incluyendo las partes del alma que la consciencia habitualmente ignora.

El tratamiento psicoanalítico, que en sus inicios se proponía deshacer los síntomas (que surgen en los momentos aciagos en que la vida se apoca) en un tiempo breve, fue aumentando su duración y, desplazando sus metas hacia la modificación del carácter, llegó a ser, en la opinión de Freud,

interminable. Aquello que él comenzó describiendo como el logro de una genitalidad madura y capacidad de trabajo, y Melanie Klein, como integración de lo disociado en la manía, la melancolía y la paranoia, llegó a formularse luego como alcanzar la posibilidad de encontrar en nuestro entorno el para qué y para quién se vive. Es un “objeto” que, entre la nostalgia y el anhelo, “nos hace falta”, del cual nos alejamos al nacer, y que llamamos interno, porque habita nuestra mente, con frecuencia de manera inconsciente, y logramos transferirlo sobre unas pocas personas hacia las cuales sentimos un apego muy fuerte.

Capítulo 11

Las cuatro caras de lo que nos hace falta



La falta fundamental se configura como cuatro faltas sucesivas diferentes. La primera, que surge de la pérdida del vínculo intrauterino, es lo que siente el neonato cuando la madre “va y viene” de un modo que él no domina. Es una “falta” que deja una añoranza de un contacto de piel, una sonrisa y una mirada que nuestro cuerpo reconoce cuando nos enamoramos, pero que no podemos recordar conscientemente. La magnitud de esa carencia, que puede sentirse como una irreparable

mutilación del ego, depende de las vicisitudes de los primeros contactos con el regazo materno y constituye ese sentimiento de *estar incompleto* y de ser incapaz de retener algo que se considera propio, que es el origen de la envidia y los celos. Una compensación por esa “falta”, que es fácil percibir en niños pequeños, es la necesidad de ocupar el centro de la escena. Cuando ese *protagonismo* no puede sostenerse, se configura una segunda falta que se manifiesta como el afán de ser reconocido por personas que, con frecuencia (como señalaba Groucho Marx), dejamos de apreciar si nos reconocen méritos, y cuando ese reconocimiento de valores, que nunca alcanza, no se logra, se configura una *tercera falta*. Algunas veces los efectos de la tercera falta pueden compensarse cuando la realización de una obra bien lograda, se trate del descubrimiento de la penicilina, de la construcción de un mueble o de la educación de un niño, producen una satisfacción que trasciende el afán de reconocimiento. Suele configurarse, sin embargo, una *cuarta falta*, cuando los seres más significativos en la vida de una persona no pueden comprender el valor de la obra que esa persona realiza. Cuentan que la madre de un virtuoso y

distinguido guitarrista le decía: “Hijo, ¿cuándo te vas a decidir a trabajar?”.

Entre las desolaciones que parecen ser casi inevitables, hay una que nos ocurrió al nacer, y hay otra que retorna a veces, cuando vivimos lo suficiente para haber perdido alguna persona frente a la cual pensábamos, como suele suceder con los hijos, que moriríamos antes.

La vitalidad que no ha podido reencaminar sus metas hacia horizontes nuevos, con el correr de los años, suele disminuir. Cuando la necesidad afectiva que persiste todavía no encuentra su camino, convertida en desánimo y en un periplo inesperado, la desolación retorna (otorgando, cuando se presenta nuestra cuarta falta, tristeza y dolor), pero siempre nos quedarán los seres que logramos amar.

Necesitamos siempre, en todas las edades, a los seres que amamos, y los necesitamos mucho, pero también es cierto que se necesitan a sí mismos y a otros seres que aman, y que esos seres que ellos aman los necesitan a ellos. Los seres que amamos necesitan, además, entregarse a pensamientos, a sentimientos o a logros que no tienen por fuerza que coincidir con los nuestros. Muchas veces ellos, como suele sucedernos, sólo pueden aprender de

sus propios errores, entre los cuales sobresale, con frecuencia, creer que el amor que se recibe satisface más que el amor que se prodiga.

Tal vez podamos convencer a nuestro corazón para que derrame sus afectos más allá de unas pocas convivencias. En los últimos tramos, cuando a veces se pierde o se debilita el contacto con los seres más queridos, es más fácil que en los años juveniles, aunque no siempre se logra de un modo suficiente para motivar la vida.

Una vez escribimos que “es necesario y saludable que, más tarde o más temprano, admitamos, pacíficamente, la idea de que somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia y contempla embelesada, creyendo que son propias las luces que refleja, mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar”. Pero ese atisbo verdadero de la muerte que es sólo el final de nuestra vida es algo que procuramos evitar. La inmensa mayoría de las veces que nos “asaltan” pensamientos que se aproximan a ese tema, se justifica que los desechemos, porque son ansiedades y temores que tienen que ver muy poco con el normal proceso de morir. La verdad limpia y desnuda acerca de la muerte, purgada de todos los aditamentos

TURBULENCIAS

que no le pertenecen y que provienen de los infortunios que perturban nuestra vida, es precisamente, en cambio, aquello que llena de valor nuestro presente, porque ese presente, privado del hecho de que mientras lo vivimos muere, pierde completamente su sentido.

Ampliando con sensatez el instante que transcurre de una vez para siempre, y echando de reojo una mirada serena a lo que ha dejado de ser y a lo que sucederá, al retornar de ese periplo imaginario y medurado a un punto de partida, que constituye el “centro” de nuestra experiencia cotidiana, nos reencontramos con un presente atemporal cuyo sentido, “fuera del tiempo”, se nos vuelve enorme. Entonces comprendemos, como inesperado regalo, lo que nuestro corazón en cada latido siempre nos ha dicho, que el tiempo del ayer remoto y del mañana lejano “no cuenta”, que aquello de lo cual no podremos ocuparnos ya no es asunto nuestro, y que es aquí y es ahora el único modo en que, continuamente, se vive la vida.

Capítulo 12

Conciencia y consciencia



La ética es una parte de la filosofía que trata de la moral (que deriva de *mores*, que significa costumbres), pero también con la palabra “ética” se designa al “conjunto de normas morales que rigen la conducta humana” y se constituyen como hábitos colectivos consuetudinarios. Desde allí se establecen los criterios con los que se juzgan los actos correctos e incorrectos.

Ortega y Gasset (en *El hombre y la gente*) ha señalado que el significado del término “sociedad” no remite simplemente a una existencia colectiva,

sino que, junto con “civilización” y “urbanidad”, remite esencialmente a un conjunto de costumbres y a un “estilo”. Tal conjunto constituye un *corpus* normativo que es el producto de una convivencia pretérita y se adquiere en la ciudad, que es el lugar (civil) en donde la convivencia se hace estrecha.

Aunque una vida rural lleva implícito desarrollar una cultura, es decir, “cultivar” un conjunto predilecto de maneras, es en la urbe populosa en donde las normas sociales buenas y malas, que son a un mismo tiempo que imprescindibles más complejas, nos impregnan.

La relación entre la naturaleza y la cultura (una clave de la integración social que se adquiere como educación en la familia y en la escuela) ha conducido a pensamientos nuevos. No sólo hay natura en la cultura, sino también cultura en la natura, y en un grado que ayer no pudimos siquiera sospechar. Educar, por su origen, se refiere a encaminar “hacia afuera” y lograr que se realice lo predispuesto que se lleva adentro. La enseñanza, lejos de actuar “añadiendo” (*per via di porre*), como la pintura, debe hacerlo “sacando lo que sobra” (*per via di levare*), como la escultura. Sin embargo, alcanza con cuidar que un exceso de añadido no violente

la predisposición natural hacia el aprendizaje que se manifiesta, naturalmente, como curiosidad. Tal como lo dijo Kant: “Dos cosas colman el ánimo con una admiración y una veneración siempre renovadas y crecientes, cuanto más frecuente y continuamente reflexionamos sobre ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí”.

El significado inconsciente de las fracturas, la osteoporosis y otros trastornos del sistema óseo muestra que los huesos simbolizan la función de proteger y sostener estructuras más débiles, y que se adjudican la representación de las normas morales. La conducta ética es el producto de una capacidad que se adquiere de tres maneras que permanecen abiertas y que se combinan en proporciones diferentes en distintas épocas de la vida. El entorno (la comunidad o la familia) impone las primeras reglas morales. Luego, una “voz” interior, representante de la autoridad de los padres, se configura como una conciencia moral “propia”, en la cual habitan un conjunto de ideales que conforman la imagen de un ego “superior”, un “superyó”. Por fin, el yo las incorpora (egosintónicamente) en el carácter, donde dejan de ser normas conscientes para funcionar como un automatismo inconsciente.

El superyó y la consciencia moral, dos aspectos de una misma estructura, contienen ideales que configuran dos tipos de deudas, deberes, carencias o faltas: evitar lo que está mal y alcanzar lo que está bien. Prohibir o exigir, por un lado, y proteger y sostener, por el otro, coinciden, en condiciones saludables, como partes de un solo proceso.

La palabra “consciencia” deriva de *conscientia*, que a su vez deriva de *consiens* (Ernout y Meillet, *Diccionario etimológico de la lengua latina*); *consciens* (equivalente de *consiens*) es el que sabe con otros, en el sentido de confidente, testigo o cómplice, pero también conocimiento común (lo consabido). “Consciencia” (*consciousness*) designa al acto cognoscitivo que percibe, siente y quiere, y “conciencia” (*conscience*) se usa para referirse a la noticia de una obligación moral.

La confluencia (en las lenguas romances) de ambos significados en una palabra no ha de ser casual. Suele sostenerse que, en un mundo material determinado por leyes inevitables, no existe la posibilidad de fundamentar una ética ni de elegir una acción. Pero, dado el rol fundamental que la sensación cumple en la consciencia, y la relación existente entre sensaciones, afectos, significancias

y valores, nada tiene de extraño que la consciencia (cognoscitiva) se constituya, desde sus mismos orígenes, con una connotación moral, y que la palabra “falta” conserve el doble sentido de carencia y de trasgresión. Porque cuando no se respeta una norma, se incurre en la carencia de una cualidad ideal, pero también, y ante todo, porque la anulación de esa carencia constituye un valor y un deber (que “hace falta” cumplir).

Las palabras “importancia”, “valor” y “significancia” aluden a un referente común que “precede” al significado, ya que el significado nace frente a la necesidad de disminuir la intensidad de las investiduras para permitir que el pensamiento funcione como un atemperado ensayo de la acción. Cuando la importancia o el valor de un significado aparecen, en lugar de contemplarlo, como una restitución de su original, tendemos a pensar que se trata de una importancia que se agrega *a posteriori*, una cualidad “abstracta” que se le atribuye en forma secundaria. El campo denominado “teoría de los valores” se puebla, entonces, de conceptos inasibles, su origen se oscurece, y la indagación en ese terreno adquiere características sofisticadas.

En el “tráfico” mental podemos distinguir a los afectos (la materia que se trafica) de las ideas (los medios de transporte) y de las experiencias que constituyen una red de trayectos facilitados. Las importancias que nos mueven y conmueven son afectos; las ideas importan cuando comprometen afectos. Los movimientos y las secreciones viscerales, que constituyen la excitación que denominamos investidura, suelen progresar hacia la consciencia, en donde se registran como sensaciones y sentimientos. Esos procesos vegetativos, que son la materia *prima* de los afectos, serán “depositados” en la memoria junto con la noción de la importancia que en su momento tuvieron por su vinculación con una determinada cantidad y calidad de sufrimiento o de placer. La huella de ese suceso será entonces el “sustrato” de lo que llegará luego a constituirse como un valor moral. El fundamento de una ética que establece bondades y maldades “nacidas” de lo que, según se siente, “hace bien” o “hace mal” está en las vísceras. Suele decirse: “No les hagas a los otros lo que no te gusta que te hagan a ti”.

Constituimos nuestro mundo perceptivo (Jacob von Uexküll) en indisoluble relación con un

“mundo de importancias” que nace de los afectos y, en última instancia, de las sensaciones. Consustanciado con el mundo perceptivo (óntico), existe el mundo sensitivo (pático) regido por valores que han nacido como producto de una fuente primordial y sensible que origina la ética desde una sensibilidad moral. Aprendimos de Weizsaecker que ese mundo pático se configura con cinco categorías: el “tener permiso de”, el “estar obligado a”, el querer, el deber y el poder. El poder y el deber oscilan entre una condición perentoria (capacidad y obligación indeclinables) y otra soslayable (el permiso o la obligación moral). En el caso del querer, diferenciar entre la necesidad y el deseo podría otorgarnos una sexta categoría pática.

Las categorías páticas, que desaparecen de la consciencia cuando están en equilibrio, se expresan mediante verbos auxiliares, porque, más que acciones, son motivaciones. Fluctúan y se sustituyen entre sí, en el trato que las personan despliegan con seres vivos y cosas, y que relaciona el mundo pático de un ser humano con el de los semejantes con los cuales convive.

Capítulo 13

La oscura huella de la antigua culpa



El juicio acerca de lo que está bien y de lo que está mal surge de los afectos, las importancias, los valores y los ideales. Afectos similares generan los valores y las normas que una comunidad comparte. En nuestra convivencia, sin embargo, encontramos actitudes y conductas que derivan de normas y de rasgos de carácter que provienen de vicisitudes diferentes.

Cuando nos embarcamos en una óptica malsana, el terreno en donde más sufrimos es el de nuestro “trato” con las personas que más nos importan y que dan significado a nuestra vida. Dado que los principios morales incorporados en nuestro carácter operan de manera inconsciente, no podemos adaptarlos a las importancias que asignamos a cada relación, protegiendo a las personas que queremos y protegiéndonos con mayor eficacia. Con frecuencia negamos que si uno se deja llevar por afectos como la codicia o los celos, por ejemplo, e ingresa en conductas inmorales, el mayor daño lo ejerce en el vínculo con quienes más le importan. Porque los efectos malsanos de nuestras costumbres inmorales también los sufrimos en los vínculos en los cuales el amor y la amistad florecen.

Los sentimientos de culpa, en los cuales el amor le dice al odio “mira lo que has hecho”, disminuyen la autoestima y empeoran las cosas. Freud describió con perspicacia la situación frecuente en la cual se realiza un delito “menor” con el fin, inconsciente, de atribuirle un oscuro sentimiento de culpa, *precedente*, que corresponde a un episodio biográfico reprimido. Pero, dado que en el intento ilusorio de disminuir el sentimiento de culpa precedente se

elige un delito de importancia menor, la desproporción de la culpa sentida no puede ocultarse. Por ese motivo, el recurso se vuelve inestable y debe repetirse una y otra vez, como sucede, por ejemplo, con la cleptomanía.

Cuando los episodios “biográficos” reprimidos (que, una vez recordados, “justifican” los sentimientos de culpa) surgen como recuerdos, suelen evocar escenas destructivas que son difíciles de elaborar y que otorgan a la culpa inconsciente los poderes malignos que frecuentemente se manifiestan como un temor permanente a sufrir un daño o a merecer un castigo. Sin embargo, cuando profundizamos en el psicoanálisis de los recuerdos que “justifican” la culpa, descubrimos que también allí, como en el caso de los delitos “menores”, la culpa *precede* al acto indebido.

El origen de los sentimientos de culpa, “la oscura huella de la antigua culpa”, en palabras de Shakespeare, se pierde de este modo en “la noche de los tiempos”. Un niño pequeño, más allá de ceremonias sacramentales como el bautismo, destinadas a liberar de un pecado original, nos muestra una alegría, inmune a los sentimientos de culpa, que solemos designar *inocencia*, un antónimo, que no es casual, de la culpa. Sin embargo, bien pronto

se introducen en la vida de ese niño la malicia y la vergüenza, ¿de dónde provienen? ¿El contacto con sus progenitores le inculca culpabilidad? ¿O sólo abre las compuertas que reprimen una culpa inconsciente que proviene de un legado ancestral?

Nacemos con una disposición a establecer un vínculo filial materno colmado de significancia. En ese vínculo se realiza la impronta de una emoción, y una conducta que denominamos apego y lealtad y que es muy difícil cambiar.

Esa impronta deja huellas indelebles en el carácter y se realiza inexorablemente, sean cuales fueren las cualidades de la persona que ocupa ese “lugar”, satisfaciendo esa necesidad de identificación en un momento que no admite postergación alguna. En los primeros vínculos, no sólo se aprende cómo hacer algunas cosas, sino que ante todo se aprende qué cosas se deben o no se deben hacer y, más aún, se deben o no se deben desear, configurando de ese modo nuestros ideales e imágenes y nuestra imagen del mundo. El efecto de esa impronta indeleble, cuya modificación nos enfrenta con una dificultad extrema, constituye, sin duda, unos de los núcleos fundamentales de la consciencia moral y de la ética que regirá la conducta.

Capítulo 14

La crisis axiológica



Es muy poco lo que se puede hacer para cambiar las normas que operan en la sociedad en la que se vive, pero la forma en que cada cual las interpreta importa, y también la actitud que se adopta frente a ellas. Las normas morales que influyen en lo que Freud denominaba el yo coherente lo hacen desde cuatro ubicaciones diferentes: la sociedad que lo rodea, su superyó, las que operan incorporadas en su carácter y sus impulsos instintivos. Los postulados éticos que habitan esas cuatro ubicaciones

pueden ser muy semejantes entre sí, pero también muy diferentes, y manifestarse como indecisiones y conflictos.

Cabe reiterar que una cosa es lo que puede concebirse como la “realidad” de las normas sociales y otra, muy distinta, es la “idea” que uno se forma acerca de esas normas, o la actitud que frente a ellas asume. Importa la forma que su superyó adquirió, pero lo grueso de la tarea, sin embargo, recae sobre el carácter, dado que influye en la actitud que se asume frente a normas que, a pesar de que no se pueden cambiar, a veces no se comparten.

El análisis del carácter no suele trascurrir con el beneplácito del paciente, ya que, más allá de lo que dice, “en el fondo” ama (es egosintónica) una manera de ser que ha construido con esfuerzo en muchos años. La convicción de que los sufrimientos que lo aquejan y lo conducen a buscar un tratamiento se encuentran estrechamente vinculados con la modalidad de su carácter se logra muy lentamente. Defenderá entonces su manera de ser y proceder en forma tenaz y continuada, construyendo una especie de “baluarte” frente a las interpretaciones que, cuando se dirigen a ese punto, experimenta como hostiles y antipáticos acosos.

De acuerdo con Freud, la finalidad del tratamiento es lograr que el yo asuma como propio algo que proviene del ello. Dado que el superyó es representante del ello ante el yo, también puede decirse que consiste en reconciliar al yo con el superyó. La tarea de hoy es más compleja, porque en una época atravesada por una crisis axiológica, es necesario comprender qué “tipo” de superyó se ha construido.

Las relaciones entre las tendencias del ello, el carácter del ego, el superyó y las normas sociales que la comunidad sostiene se manifiestan muchas veces a través de conflictos que no siempre son leves. La cuestión se complica porque sucede con frecuencia que las normas que una determinada sociedad manifiesta en forma pública no coinciden con las que en verdad respeta, como sucede, por ejemplo, cuando el Estado persigue la evasión impositiva mientras imprime el dinero “falso” que genera inflación.

La palabra “axiología” se usa para designar a una teoría acerca de los valores, y hoy se oye decir que vivimos una crisis axiológica. No carecemos de valores, como a veces se afirma, ya que la vida sin ellos es tan inconcebible como el alma de un zombi

o la existencia de una brújula sin norte. Carecemos de un conjunto suficiente de los valores compartidos que configuran la ética de una comunidad. Tal vez nos hemos despedido de una ética caduca y, lejos aún de constituir una nueva, funcionamos a tientas, con un relativismo moral que nos conduce a que cada cual sostenga valores diferentes, o a que una misma persona los sustituya según cual sea el lado del escritorio que ocupa. Hay una serie de valores que forma parte de las “virtudes clásicas”: la dignidad, la distinción, la honradez, la autenticidad, la responsabilidad, la fidelidad, la cultura y también la autoridad (entendida como capacidad testimoniada por el hecho de haber sido autor). Nadie diría que esos valores han perdido vigencia, pero más allá de lo que acerca de ellos se diga, hoy suelen ser relativizados, porque en su valoración influye a menudo, sin demasiado escrúpulo, la idea de que el fin justifica los medios. Frente a valores solemnes como la libertad y la justicia, se suele fingir que no se admite ningún género de condicionamiento. Otros, como el poder (especialmente el que se ejerce sobre otras personas), la posesión (sobre todo de bienes materiales), la supervivencia (medida en cantidad de años) o el triunfo y la

fama, se suelen considerar absolutos. En ese desconcierto cultural, los roles masculino y femenino han cambiado su figura “clásica”, integrada en las costumbres de antaño, sin haber llegado a establecerse con un perfil nuevo que goce de un consenso ampliamente compartido.

Tanto las normas sociales con las cuales nos encontramos al nacer, que influyeron también en la forma en que fuimos concebidos y en las vicisitudes de nuestra gestación, como los avatares de nuestra convivencia en el mundo que constituye nuestro entorno están condicionados hoy por una crisis que se manifiesta como falta de coincidencia y consenso en la asignación de valores. La crisis va más allá de un conflicto generacional. Cuando la humanidad, en un cambio evolutivo turbulento cuyo epicentro ocupó centurias, abandonó el predominio de la magia para ingresar en un mundo regido por pensamiento racional, sentó las bases de la cultura en la cual durante mucho tiempo vivimos instalados. En esa cultura, la antigua tribu cedió su lugar a la familia, y la magia se bifurcó en ciencia y religión, pero una mutación fundamental condujo al desarrollo de una consciencia individual, que avaló, en cada ser humano, el sentimiento y

la idea de ser el único dueño de sí mismo. El desarrollo cultural obtenido fue magnífico y, sin embargo, no caben dudas de que nuestra civilización ha ingresado en una *turbulencia* semejante a la que caracterizó aquel cambio evolutivo primitivo en el pensamiento de la especie *Homo sapiens*.

La crisis actual se manifiesta de dos maneras distintas. Por un lado, una dificultad caótica en el proceso de establecer valores compartidos en el seno de nuestra civilización, dentro de la cual los valores de antaño y especialmente el individualismo y el desarrollo tecnológico que lo acompaña parecen haber superado su nivel óptimo para ingresar en un extremo cuya complejidad genera perjuicios incontrolables e imprevistos. Por el otro, el desarrollo de la filosofía y de la ciencia se interna en el descubrimiento de los límites del pensamiento lógico y racional, para acceder a otras formas del pensamiento y del conocimiento que desdibujan las fronteras de las distintas disciplinas de la ciencia, de la religión y del arte. Es difícil saber si hemos llegado al epicentro de nuestra *turbulencia* actual, pero aunque así fuera, la superación de la crisis demandará su tiempo. Mientras tanto, el rayo láser, la fisión atómica, los anticuerpos monoclonales, los pesticidas,

el trasplante de órganos, la ingeniería genética, la fertilización asistida, la informática, la investigación farmacológica de las enzimas, la inteligencia cibernética y los medios de comunicación en red continuarán enfrentándonos con nuestra enorme dificultad para pensar nuevas leyes sociales, en un mundo cuya evolución y cuyo desarrollo creíamos hasta hace poco que podíamos guiar.

El núcleo de cristalización de la crisis que hoy nos aqueja parece ser un individualismo malsano que, persiguiendo el prestigio, el poder y la riqueza material, incurre en su forma ruinosa. Una forma en la cual el orgullo es sustituido por la vanidad, el amor a los hijos oculta el narcisismo excedido, el amor a la familia oculta el egoísmo, la amistad se transforma en una relación de conveniencia, y el cariño, interpretado como una debilidad, se sustituye por la pasión, por el enamoramiento o por el intento de “poseer” a las personas que pretendidamente se ama.

Capítulo 15

La universalidad de los valores



El núcleo fundamental de la ética se adquiere en la infancia de manera afectiva y, a través de identificaciones, se puede mejorar en la escuela y permanece abierto a los ulteriores progresos que puede otorgar la familia. Sobre ese núcleo afectivo se agrega lo que aportan los procesos de pensamiento que forman parte de la cultura, y que surgen motivados por las dificultades que en la vida que compartimos con nuestros semejantes nos hacen sufrir.

Hoy, dado que vivimos en la *turbulencia* de una crisis axiológica, necesitamos utilizar pensamiento y sentimiento para construir una ética mejor.

Oímos, a diestra y siniestra, que cada cual tiene el derecho de pensar y de vivir a su manera, y que es bueno que cada cual exprese y defienda sus ideas, aunque el derecho de cada uno deba finalizar donde empieza el que tienen los demás. Pero sucede que, cuando cada cual piensa a su manera y asume sin mayor cuidado que los pensamientos diferentes son una fuente bienvenida de riqueza, es muy difícil llegar a compartir una ética. Si los pensamientos diferentes no tuvieran consecuencias diferentes y si esas diferencias no fueran importantes, ¿de qué nos serviría pensar? Nadie puede sentirse complacido por el hecho de que en una junta médica un profesor opine que hay que operar al paciente, mientras que otro sostenga que la única forma de salvarlo es evitar la cirugía. Debe haber pues una “fase” en la que pensar diferente nos enriquece bien y otra en la cual nos hace mucho mal. Una especie de diástole en donde se incorporan ideas que constituyen los materiales de una construcción en marcha, y otra, segunda, de sístole en donde se construye una sentencia que se materializa en una acción particular. Pero lo que se oye por doquier prescinde de esa distinción de “fases”, hasta el punto en que se niega la necesidad de que alguna vez un pensamiento “se

cierre” para llegar a una conclusión, ya que no se puede vivir sin decidir.

En un mundo en que, a pesar de admitir que “todo” puede ser también de otra manera, no se acepte que exista una “verdad” que, aunque sea provisoria, se pueda sostener, tampoco existirá una ética lo suficientemente “universal” como para que se pueda compartir. Por fortuna, no es forzoso ni atinado llegar a semejante extremo de un “relativismo cognitivo” que, bajo el pretexto de una pretendida libertad de pensamiento, esconde la idea absurda de que el pensar carece de valor, ya que, cualquiera sea el resultado, “da lo mismo”. La mejor prueba de que no se puede vivir ni pensar sin asumir una verdad que, aunque sea de modo provisorio, debe ser asumida la tenemos al alcance de la mano: quienes sostienen que no existen verdades universales asumen y defienden con ahínco, sin dudas ni escrúpulos, que lo que dicen es una verdad que debemos universalmente compartir.

A pesar del antiguo principio que reza “primero no dañar”, la mayor cantidad de muertes en Estados Unidos se produce como consecuencia de la intervención del médico. Hay pues, sin duda, una crisis en la medicina, y frente a la existencia de una

crisis en la economía, que viaja atravesando países y fronteras, cabe preguntarse si no las mancomuna el hecho de proceder, ante las realidades complejas, con aproximaciones lineales que empeoran lo que pretenden mejorar.

Cuando se trata de la vida, materia, alma y espíritu son tres aspectos con los que suele presentarse una misma realidad. Llamamos materia a lo que percibimos con nuestros órganos sensoriales; alma a lo que posee una intención y un sentido que siempre nos importa, y espíritu a lo que un conjunto de almas unidas producen o poseen en común.

Suele decirse que un materialismo carente de espiritualidad es el engendro que carcome las vísceras de nuestra época, que muchos consideran extraviada, y que nos deja, desubicados, confusos y frustrados, vagando sin principios morales suficientes en un mundo “únicamente físico” que se nos antoja carente de sentido. Pero el materialismo no carece de espiritualidad; lo impregna, en cambio, un espíritu malsano que se ha pervertido por obra de un individualismo que ha extremado las metas de nuestra individualidad saludable. Ocurre cuando, desde nuestra condición de personas con derecho

a la autodeterminación de su destino, nos creemos autosuficientes y completos, y nuestra conducta insiste en ignorar que nuestros derechos encuentran un límite en los derechos ajenos. Nuestra conducta egoica, que comenzó siendo necesaria y sana, suele convertirse en el egoísmo que envenena y perturba nuestra convivencia.

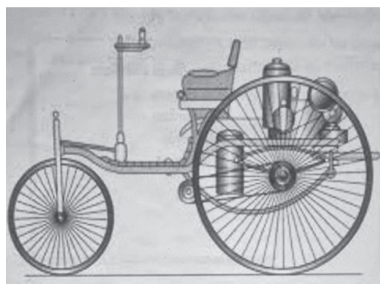
El estudio de las redes, que conduce hacia una sociología que ensaya sus primeros pasos, permite comprender que el gobierno no se ejerce desde una posición jerárquica encumbrada, sino que surge del conjunto entero. Así vuelan las aves en bandadas y se desplazan los peces en cardúmenes. Las actitudes que adoptan las personas, que suelen adquirir consenso y que no siempre son conscientes, influyen sobre el funcionamiento de las instituciones.

El poder fundamental de la moneda es un poder adquisitivo; no todas las formas de poder consisten en adquirir comprando. No todas las cosas que se anhelan se pueden comprar, y entre las que no se compran sobresalen la salud y el amor. Las formas arruinadas del amor contaminado por un uso insalubre del dinero no se circunscriben a las relaciones de pareja, funcionan en las relaciones con los hijos, con los padres, con los hermanos y con los amigos.

Nadie debería acumular una suma de dinero que supere demasiado la cantidad que su ingenio le permite emplear como un medio para alcanzar otros fines. Si excede esos límites, se ha alterado “la razón de ser” que lo califica como un medio que agiliza el trueque, y se ha transformado en un bien en sí mismo. Una consecuencia funesta de esa transmutación de valores consiste en que jamás parezca suficiente, negando que, en los asuntos de la vida, el óptimo nunca coincide con el máximo. Nada tiene de extraño que la abundancia de dinero genere un poder que corrompe y una culpa que atemoriza y avergüenza.

Capítulo 16

Los fundamentos racionales de la certidumbre



Aceptamos, como conclusión insoslayable, que frente a una misma circunstancia hay pensamientos de mayor o de menor valor, ya que, si así no fuera, el pensar carecería por completo de sentido. Para superar la crisis axiológica que surge cuando una comunidad no logra regirse por una ética suficientemente compartida, no alcanza con que cada integrante regule su conducta de acuerdo con las normas morales que espontáneamente le dictan

sus afectos y sus hábitos. Necesitamos construir un conjunto de normas que puedan compartirse y volver a pensar gran parte de lo ya pensado que, cotidianamente, legitimamos sin pensar. Es un proceso colectivo que demanda tiempo, porque proviene de la evolución de una comunidad que hoy, en la era de la globalización, incluye al conjunto entero de la humanidad. En ese proceso complejo, los cambios en la manera de pensar conducirán a cambios en la manera de sentir, que influirán en nuestra manera de pensar acerca de la ética.

Pensamos que, para prever consecuencias, conviene pensar bien. Intentarlo nos condujo a reconocer los límites del pensamiento racional. Fueron los puntos de vista inaugurados no sólo por Einstein y Planck, sino también por Kurt Gödel, con su teoría de la incompletitud, o Carlo Rovelli, en “¿Qué significa significado?” (en *Helgoland*).

Que las demostraciones matemáticas, fundamento de las ciencias “duras”, se basan en axiomas intuitivos que son indemostrables conduce a pensamientos nuevos sobre las relaciones entre la deducción y la inducción, o entre la razón y la intuición. No es casual que el *best seller* *El punto ciego*, de Daniel Coleman, haya sido precedido por otro

del mismo autor: *La inteligencia emocional*. Pensar que los fundamentos racionales de la ciencia constituyen el tribunal definitivo en el que se sancionan las verdades ya no se sostiene. Teorías como la de la relatividad y la cuántica han demostrado que algunos pensamientos que repugnan a la lógica condujeron al progreso científico y a logros tecnológicos importantísimos, y ya no se privilegia indiscriminadamente la razón en su relación con la intuición. La relación entre pensamiento y sentimiento, íntimamente vinculada con la que existe entre razón e intuición, sostiene las normas morales.

La inducción, la deducción y la estadística suelen ser las tres fuentes que se usan como los fundamentos racionales de la certidumbre.

La inducción, que proviene de la experiencia (o del experimento), nos conduce a afirmar, por ejemplo, que todos los hombres son mortales porque siempre, en todos los casos pretéritos, ha sido así. Por la misma razón, puedo decir que si suelto el vaso que tengo en la mano, caerá sobre la mesa. En realidad, no es seguro que así sea en ninguno de los dos ejemplos, ya que no hay un argumento que pueda avalar que lo que siempre ha sucedido continuará sucediendo. Un físico dirá, además, con respecto al

vaso, que puede subir, en lugar de caer, si se da el hecho, extremadamente improbable, pero no imposible, de que el movimiento browniano se combine azarosamente para que así suceda. Sentimos lo que afirmamos por inducción con una convicción que suele configurarse “intuitivamente”, si aceptamos que todos los hombres son mortales, y que Pedro es un hombre, concluimos en que morirá. El pensamiento lógico sobre el cual se apoya nuestra demostración racional no nos ofrece dudas, pero es necesario reconocer que, cuando aceptamos, por ejemplo, que dos cosas que son iguales a una tercera son iguales entre sí, recurrimos a la evidencia intuitiva de un axioma que carece de demostración. Cuando la probabilidad que registra la estadística es muy alta, si bien no nos ofrece una certeza, sus resultados nos brindan una “especie de certidumbre inductiva”. Si decimos que el agua hierve exactamente a los cien grados, podemos sostener que así sucederá sólo si se repiten las mismas condiciones; ¿por qué no?, y sin embargo... Recurrimos a la estadística cuando carecemos de experiencias que nos permiten intuiciones inconscientes que avalan nuestras conclusiones “racionales” inductivas o nos faltan datos que sostengan nuestras deducciones.

Pero en realidad ignoramos si sucederá como ya ha sucedido y, para colmo, nuestra interpretación de lo acontecido será, siempre, una foto parcial. Reparemos en que, cuando necesitamos acumular un gran número de casos con características comunes, no podemos homologar muchas variables que desconocemos. El pronóstico meteorológico afirma que existe un 70 % de probabilidades de que mañana llueva, pero... ¿lloverá? En realidad, si mañana llueve se habrá dado el 100 %, y si no, el 0%. Para que se confirme el 70 % es imprescindible acumular no menos de 10 casos. Nassim Taleb, matemático e investigador en finanzas, ha dedicado un libro (*El cisne negro*) a esta cuestión.

Ken Wilber (en *Sexo, ecología y espiritualidad*) señala que la reiterada experiencia de contemplar el emerger misterioso de un orden que surge inesperadamente del caos ha conducido a sostener que la ciencia reestructura la interpretación del pasado, pero es incapaz de predecir el porvenir. El riesgo implícito en la predicción estadística se multiplica si tenemos en cuenta que, inevitablemente, nuestra “interpretación” de los acontecimientos pretéritos será siempre “una foto parcial” de los sucesos que ocurrieron. Cuando para evaluar en forma

LUIS CHIOZZA

estadística la repetición de un suceso necesitamos acumular un elevado número de casos, nos vemos obligados a homologarlos “simplificándolos” inevitablemente e ignoramos la influencia que ejercen las variables que los diferencian entre sí.

Capítulo 17

Hasta dónde se puede confiar en la intuición



Los razonamientos impecables, que surgen de los postulados de la lógica y de las más rigurosas metodologías de la ciencia, se orientan y obtienen la convicción que los sostiene porque se apoyan en seguridades intuitivas.

En una antigua historieta, un hombre le dice a su esposa: “¿Cómo sabes que es así, como tú dices?”. Y la mujer le contesta: “Me lo asegura mi intuición femenina, ¿sabes qué es la intuición femenina?”. “Sí —responde él—, es aquello que le

dice a una mujer que tiene razón cuando no la tiene”. Lo esencial del problema que suscita la intuición (sea femenina o masculina) queda resumido en ese diálogo. Entre todas las frases que escribió François Villon, una de las más citadas (que pertenece a su poema “Ballade du concours de Blois”) es: “*Rien ne m'est sûr que la chose incertain*” (Nada más seguro que la cosa insegura). Y sin embargo, si no nos sintiéramos seguros de cosas como, por ejemplo, que la luz del semáforo se ha cambiado al verde, no podríamos vivir.

¿Qué clase de seguridad buscamos cuando sentimos, por ejemplo, que algo no “está bien”? La palabra “intuición”, en su origen, posee el significado de “mirar adentro”. Lo que caracteriza a una convicción que “viene de adentro” es esa suerte de “inmunidad” que la coloca más allá de toda duda. En algunas circunstancias, la convicción alcanza un “límite” que se caracteriza por que la persona reacciona con violencia ante todo lo que pueda cuestionar su certeza; y en otras, más extremas, quienes así se sienten carecen por completo de interés en dialogar sobre un asunto. Nuestras convicciones, aunque surjan como consecuencia de pensamientos racionales, se apoyan, en última instancia, como sostiene la mujer

del diálogo, en nuestras intuiciones. Algunas veces uno experimenta la convicción de que ya ha visto o nunca ha visto (*déjà vu* o *jamais vu*) lo que no le sorprende o le sorprende contemplar. Recordemos las conocidas palabras de Nietzsche: “He dicho esto, dice la memoria; no pude haberlo dicho, dice el orgullo; y finalmente la memoria cede”.

Basta con describir algunos trastornos típicos observados en pacientes con lesiones cerebrales para comprender mejor la magnitud del problema. Un paciente con una destrucción de la corteza occipital (área primaria de la función cerebral que registra las “imágenes” de la retina) sufre una forma de ceguera; sin embargo (gracias a la existencia de conexiones subcorticales), puede “adivinar”, con un grado mayor de certeza de la que se daría por azar, el lugar de un objeto que conscientemente no ve (“visión ciega”). Aunque no lo sabe, “ve”.

Otro tipo de *disonancia cognitiva* ocurre cuando se recuerda un acontecimiento sabiendo que nunca ha sucedido. Una paciente descrita por Robert Burton, luego de haber sufrido una encefalitis viral, siente que está muerta, como algo más real, aunque puede percibir su pulso y su latido cardíaco (síndrome de Clotard). Es cierto que son enfermo

“neurológicos”, pero son fenómenos que también existen en el extenso y peculiar territorio que denominamos neurosis. La contradicción traumática suele provenir de dos “convicciones” distintas; una habita la consciencia y la otra llega desde lo inconsciente (o de lo que los neurólogos denominan “redes inconscientes” que procesan los ingresos y determinan lo que egresa, otorgándole esa modalidad, “propia del prejuicio”, para referirse a la cual Bateson utilizaba la palabra “*bias*”).

Suele ocurrir que una persona se instale en una conclusión que su entorno social considera extravagante y la sostenga, “contra viento y marea”, pero la historia nos enseña que siempre hubo genios que (como sucedió con el “*eppur si muove*” de Galileo Galilei) fueron incomprendidos en su época. No sólo es cierto que, como sostuvo Adolfo Camberos (un amigo médico y poeta), “la tragedia de un loco es que un cuerdo no lo comprende, pero otro loco tampoco”. Lo dijo mejor Wilfred Bion, el insigne psicoanalista inglés: “La diferencia entre un loco y un genio reside en la cantidad de gente que uno y otro logran convencer”.

¿Dónde encontraremos, entonces, un hilo de Ariadna que nos permita salir del laberinto?

Volvamos sobre la frase de François Villon: “Nada más seguro que la cosa insegura”, y comencemos por decir que la palabra “inseguridad” se ha puesto de moda para referirse no sólo al aumento de la criminalidad en algunas ciudades, sino también a cosas tan diversas como los depósitos bancarios, el precio de los bienes o de las acciones en la Bolsa, el valor de la moneda, el mantenimiento de la palabra empeñada o la vigencia de lo que está escrito en los contratos. No cabe duda de que ese “tipo” de inseguridad es una manifestación más de lo que suele denominarse crisis axiológica y alude a las dificultades que encontramos cuando intentamos establecer criterios para definir mejor lo que “está bien”. ¿Cómo confiar en la seguridad de esos criterios? Ya hemos visto que la deducción es válida sólo dentro del terreno incompleto que la lógica cubre, y siempre que se apoye sobre inducciones o intuiciones que son convincentes (aunque, en general, alcanza con que sean colectivamente compartidas). También hemos visto que la inducción “científica”, tanto la que nace del experimento como la que proviene de la evaluación estadística, puede ser cuestionada. Lo que hoy es ciencia quizá mañana se denominará “superstición”. Lo mismo ocurre,

por fin, con las intuiciones que surgen espontáneamente desde lo inconsciente.

¿A cuál procedimiento podemos recurrir? ¿Cómo valorar el grado de sensatez de nuestras certidumbres? A pesar de todas las incertidumbres que la exploración revela, solemos lograr una parte de lo que nos proponemos. Son poquísimas las veces que no pudimos lograrlo, ocasiones en las que, por ejemplo, no conseguimos llegar al lugar a donde vamos.

Se puede abordar el mismo asunto desde la filosofía. Kant, considerado como uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, sostuvo que “la cosa en sí” es incognoscible y que sólo logramos conocer lo que, acerca de esa cosa, nuestra consciencia construye. Una afirmación que Freud retoma y que ha permitido desarrollos valiosos. Sin embargo, Ortega ha escrito que ha tenido que permanecer preso en la cárcel de Kant durante diez años antes de poder liberarse, y Schrödinger sostuvo que ese postulado kantiano es una extravagancia. Es posible pensar que la afirmación de Kant tiene un límite, porque en la medida en que la vida “se adapta” a la vicisitudes de su entorno

para continuar existiendo debe poseer la capacidad de registrarlo sin incurrir en error.

Estamos acostumbrados a observar en el fútbol que, durante la ejecución de un penal, el arquero debe “adivinar”, contemplando al jugador que patea, hacia dónde dirigirá la pelota, porque si no se arroja antes de que el tiro se inicie no llegará a detenerlo. Sabemos que, en el caso del fútbol, eso muy pocas veces se logra, pero hay otras ocasiones en que, como ocurre con algunos jugadores profesionales de béisbol o de tenis, el proceso de “adivinación” funciona con mayor eficacia.

Estudios detallados por Robert Burton (en *On Being Certain*) muestran cómo una compleja “computación” inconsciente arroja a la consciencia un resultado que no sólo corrige la “distorsión” condicionada por los distintos tiempos de reacción del sistema nervioso, sino que además permite “ver” anticipadamente (aunque no siempre de manera consciente) “dónde estará la pelota en el momento del impacto”.

Gregory Bateson (en *Espíritu y naturaleza*) hace un uso repetido de un concepto, denominado “abducción”, formulado por Charles Peirce. Se trata, según Bateson, de una especie de “extensión lateral”

(cuya posibilidad es “un tanto misteriosa”) de los componentes abstractos de una descripción sobre otra. Gracias a ese proceso (que está más difundido de lo que uno supone al comienzo), pueden ocurrir, afirma, “la metáfora, el sueño, la parábola, la alegoría, todo el arte, toda la ciencia, toda la religión y toda la poesía”. La abducción permite percibir, de manera inconsciente, “la pauta que conecta” acontecimientos que a primera vista parecen disímiles. Dentro de la teoría psicoanalítica, nos referimos a un concepto similar denominándolo *proceso terciario*. Thomas Sebeok y Jean Umiker-Sebeok (en *Sherlock Holmes y Charles Peirce*) escriben que es un tipo de argumentación (que Peirce primero llamó hipótesis y luego *abducción* o retroducción) indispensable en las matemáticas y en las ciencias. Aunque Peirce algunas veces se ha referido a ella como “inducción vaga” y otras veces como “deducción abductiva”, sostienen que el proceso difiere de la inducción tanto como de la deducción; que se trata de una especie de instinto (o de “adivinación”) que permite conjeturar (estocásticamente), y que se apoya en la percepción inconsciente de conexiones entre aspectos del mundo. Peirce afirma que la abducción produce un cierto tipo de emoción que

la diferencia de la inducción y de la deducción, y la describe como “una peculiar ensalada cuyos principales ingredientes son su falta de fundamento, su omnipresencia y su valiosa confianza”.

Dado que un ojo no puede observarse a sí mismo, es difícil creer que podamos alguna vez contemplar el proceso “completo” que a veces nos permite sentir que podemos predecir con certeza y, a continuación, acertar. Cuando sucede, y precisamente porque no podemos observar cómo funciona, solemos denominarlo “adivinar” (de hecho, uno de los escritos de Peirce sobre el asunto lleva por título “Guessing”). Cuando, en cambio, la razón y la intuición no se ponen de acuerdo y nos sentimos “perdidos”, nuestra opción radica, toda entera, en tolerar la incertidumbre y refugiarse “hasta que aclare” en esa forma de la espera que se llama “esperanza”.

Chuang-tzu (398-286 a. C.), citado por Robert Burton, señala: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde

LUIS CHIOZZA

puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

Capítulo 18

Sexualidad



“El hombre civilizado actual observa
en las cuestiones de dinero
la misma conducta que en las cuestiones
sexuales, procediendo con el mismo doblez,
el mismo falso pudor y la misma hipocresía”.

SIGMUND FREUD, *La iniciación del tratamiento*.

En el territorio que la biología estudia, la célula es la unidad mínima, caracterizada por la capacidad de crearse a sí misma (autopoiesis). La vida consiste en una estructura que, en el borde entre

el caos y el orden (Prigogyne), expulsa y disipa la entropía (el desorden). Constituida por agua y componentes de carbono, su materia es la proteína (“proteiforme” refiere a “generador de formas”); los lípidos y los hidratos de carbono son sus baterías. La sexualidad autopoietica que crece, si se re-produce a sí misma, no genera algo nuevo. La lucha por la existencia y la sobrevivencia del más apto (Darwin) no esclarecen el origen de las especies.

La palabra “sexo” significa, en su origen latino, sección o separación y se usó para referirse a la división del género humano en dos grupos distintos: femenino y masculino. Pero también designa al órgano genital que constituye el principal fundamento de la diferencia entre esos dos grupos, que genera autopoiesis crecimiento y reproducción, mediante dos sexos que no son opuestos, sino complementarios. El vocablo “sexualidad” se usa para referirse a una cualidad particular que consiste en el ejercicio y en la experiencia del funcionamiento sexual. En los seres vivos sexuados, individuo no es igual a completo.

“Genital” significa “generador”. Suele subrayarse, en primer lugar, la reproducción de individuos

de la misma especie. Se suele destacar, además, que la naturaleza refuerza esa función (que llegó a considerarse “la razón de ser” del sexo), agregándole a ese desempeño una cuota importante de placer. No todo, sin embargo, es placentero en la sexualidad; el asco y la repugnancia establecen un límite para copular y para comer. No ha de ser casual que el extremo por el que se evacuan las heces y los órganos sexuales se reúnan en una zona pudenda (que origina represión y vergüenza) y que se denomina cloaca.

El énfasis en que la meta de la reproducción es añadir más individuos a la misma especie pasa por alto que existe reproducción sin sexo (con un solo progenitor, como sucede con las amebas), reproducción sexual con dos (como es el caso de los mamíferos o de los vegetales que poseen gametos) y sexo sin reproducción (cuando en el moho de ceno, por ejemplo, cientos de células se fusionan para constituir un individuo más grande).

Se estima que hace 4.500 millones de años la vida era solamente asexual e inmortal; las células, en lugar de morir, se dividían en dos y rejuvenecían. Y que hace 2.200 millones de años, bacterias anaeróbicas produjeron, expulsándolo de sí

mismas como un producto tóxico, el oxígeno que existe hoy en la atmósfera.

Podría decirse que la reproducción sexual condujo a que las células que antes se dividían y rejuvenecían murieran y fueran sustituidas por otras, las hijas que nacieron del acoplamiento sexual. A menos que, compartiendo lo que Margulis y un grupo de biosemióticos sostienen acerca de la existencia, en todo organismo vivo, de una conciencia de sí mismo, pensáramos que las células que “sobrevivían” dividiéndose en dos también “morían” al perder la consciencia de su vida anterior.

No sólo Lynn Margulis, sino también un grupo importante de biosemióticos, como, por ejemplo, Thomas Sebeock, Jesper Hoffmeyer y Antón Markos, analizan de una manera muy distinta el advenimiento de la sexualidad. Sostienen que la meta principal de la sexualidad no es la reproducción, sino la *promiscuidad* (inclinación hacia la mezcla), una especie de “canibalismo” celular que mantiene “con vida”, dentro de sí, lo que simbióticamente incorpora de quien ya no es su alimento, sino su “donante” de organelas, como las mitocondrias, los undolipodios, el citoesqueleto o los flagelos.

La sexualidad trae consigo, de ese modo, una posibilidad de evolución y desarrollo de la cual carece la asexualidad, que sólo puede cambiar por una mutación accidental.

Hay una reserva que separa la vida pública de la vida íntima, pero que también separa, en la intimidad, una vida privada de otra, secreta, más recóndita, oculta en un recinto nuestro que pocas veces miramos, porque hacerlo requiere una osadía que no siempre estamos dispuestos a asumir. Cuando nos acercamos al tema de la intimidad, vemos que incluye dos asuntos de una importancia extrema. Uno consiste en mantener “algo” “disociado”, reprimido, oculto, desconocido, ignorado o, por lo menos, reservado. Es un procedimiento, no siempre insalubre, a veces simbolizado, y otras efectivamente realizado, mediante paredes, tabiques, cortinas, biombos, puertas, ventanas, cerraduras, cofres y vestidos, que nos muestran que vivimos usándolo de un modo permanente. Suele conducir hacia una inautenticidad que comienza por ser leve, y puede conducir a un daño grave. El otro asunto, fundamental y conmovedor, es que en esa intimidad cuyo trasfondo tan frecuentemente

ignoramos, se esconde una parte muy importante de nuestra identidad.

La verdadera y primigenia función del sexo consiste en el intercambio genético, dado que la reproducción, a cuyo servicio el sexo se presta, puede cumplirse mediante una división asexual. Una actividad combinatoria promiscua que introduce variedad y conduce hacia una evolución que aumenta la complejidad de los organismos. Los desenlaces negativos hacia los cuales la promiscuidad (entendida como contactos íntimos múltiples, “superficiales” e indiscriminados) lleva no deben hacernos olvidar que, en sus orígenes, la palabra “promiscuo” designa lo que es proclive a la mezcla o al intercambio mutuo. Esa es precisamente la función esencial que, más allá de la reproducción, define al sexo. La biología coincide con la economía en la importancia que ambas asignan al comercio, y también con el psicoanálisis, afirmando que la sexualidad es más amplia que la genitalidad. La condición que descalifica la promiscuidad reside menos en la multiplicidad que en una forma de descuido que conduce al conocimiento superficial y a la indiscriminación. Cuando los hábitos del cortejo, por ejemplo, son sustituidos por relaciones genitales inmediatas y

fáciles, el acto genital desaprensivo suele derivar en la frustración que acompaña al hecho desilusionante de que la mayoría de ellas se limitan a unos pocos encuentros aislados, luego de los cuales el interés erótico fenece. También se explican de ese modo algunas frigideces e impotencias que derivan de una ejercicio promiscuo que funciona mal.

No generamos ni somos dueños del amor que nos sucede. Así ocurre con el amor que uno siente hacia uno mismo, y también con el que se dedica a una persona amada. Nacemos con una cierta cuota de “amor propio” que se alimenta “desde adentro” con el amor que nuestros progenitores nos han otorgado junto con sus gametos ya desde el momento de nuestra concepción. Un amor que suele reforzarse con el que recibimos en la infancia. Deambularemos luego por el mundo procurando recuperar, con el amor de los otros y con el que otorgamos, la parte que se nos ha gastado. La inclinación de nuestro ánimo y el amor que sentimos suelen nacer mucho antes de que nuestra conciencia pueda atribuirlos a las cualidades que percibimos en las personas que amamos. Por eso solemos decir a veces que “hay química”, o nos referimos a la atracción que surge como “una cosa de piel”.

Más importante que dirimir la cuestión de si los gametos conducen al león hacia su actividad genital o el león conduce a sus gametos es subrayar el hecho trascendente de que cada ego, sin importar cuán relativo o ilusorio sea, funciona —en el organismo al cual pertenece— indisolublemente unido a un sentimiento de identidad inalienable. Un sentimiento que parece ser un requisito de la constitución de un ego, porque sobrevive, inmune, y coexiste, como derecho de autodeterminación (de ser libre y dueño de sí mismo), aun en los casos en que se adquiere consciencia de una dependencia extrema.

La vida de uno es demasiado poco como para que uno le dedique (a esa vida que es de uno) su vida por entero, y cuando nos contemplamos desde el ángulo constituido por la sexualidad, ese pensamiento se refuerza. También allí nos encontramos con que, si el sentido que la sexualidad otorga a la vida sólo fuera el que proviene de su satisfacción directa, sería un motivo insuficiente y pobre. Vivimos “cableados” con las personas que son “copropietarias” del entorno afectivo que, abusivamente, consideramos nuestro. Un entorno configurado en red, con un significado propio que funciona, bien o mal, en el ecosistema que alimenta nuestra vida y que no

nos pertenece. En “el expediente” que guardamos bajo llave, o en “la escena” oculta detrás de “la cortina” que custodia nuestra intimidad sexual, viven los deseos y los hábitos esculpidos a fuego durante el camino propio que, en cada ser humano, recorrió su particular combinatoria de virtudes y defectos que, dado que han nacido juntos, es muy difícil separar.

Un conocido mito de Platón nos trasmite la idea de que vivimos buscando encontrarnos con una mitad nuestra que se nos ha perdido. Sin embargo, los ideales que perseguimos no funcionan como algo que puede ser alcanzado. Orientan el camino que abandona lo habitual para dirigirse hacia el lugar, fugaz y esquivo, en donde lo sublime, cuando nos acercamos, nos invita a proseguir hacia una próxima estación.

Por más que nos acerquemos a la realización plena de nuestro ser en forma, nuestra inevitable incompletitud puede ser representada por el hecho inexorable de que sólo disponemos del punto de vista determinado por el lugar que ocupamos y que nadie puede “al mismo tiempo” ocupar. Una razón más para comprender que tus ojos me ayudan a contemplar dónde estoy, y que los necesito para saber quién soy.

Capítulo 19

Dinero



No sólo importa lo que las cosas son, también importa lo que representan, y suele suceder que lo que representan nos perturbe e impida que asumamos aquello que, en última instancia, creemos que las cosas son. Para colmo, no siempre podemos registrar con claridad la diferencia entre lo que son y lo que nos representan.

La economía estudia y reflexiona sobre lo que el dinero es y, a veces, también incursiona, como la psicología, la filosofía y el psicoanálisis, en lo que representa como signo o como símbolo de otras realidades.

Aunque, de acuerdo con lo que ha escrito Murray Rothbard, “pocos asuntos en economía son más enredados y confusos que el tema del dinero”, el dinero es un medio establecido para facilitar el intercambio de otros bienes. Es algo muy difícil el trueque de bienes tan distintos como lo son, por ejemplo, una carreta, una canasta con huevos de gallina, una vaca y el tocar el órgano en la iglesia. Para agilizar el trueque de bienes dispares, fue necesario cumplir dos condiciones. En primer lugar, el bien debía ser escaso, ya que si fuera abundante, como el aire, no podría cumplir su cometido. Y también suficientemente fraccionable como para permitir que las porciones se adaptaran a las diferentes magnitudes de las cosas que se deseaba intercambiar. Lo que cada cosa cuesta adquiere un precio que depende del aprecio que suscita y que se registra a través de su demanda. Y lo que se puede comprar con cada billete constituye su poder adquisitivo.

El oro y la plata fueron los medios privilegiados porque cumplían con ambas condiciones y se convirtieron en monedas cuyo peso garantizaba el Estado. La necesidad de protegerlos de pérdidas y del desgaste causado por el uso condujo a

custodiarlos en instituciones denominadas bancos (originalmente, los asientos en las plazas en donde se realizaban tales intercambios) y substituirlos por papeles escritos (el papel moneda) que otorgaban el acceso a los metales custodiados. Ese patrón oro que respaldaba el valor de cada billete se sustituyó, posteriormente, por una porción de lo que cada país organizado en una nación producía (un producto bruto “per cápita”, porque se registra dividido por el número de habitantes).

No hay un límite neto entre lo que las cosas que la economía estudia son y la influencia que ejerce sobre ellas lo que representan, pero algunas de esas representaciones son muy sobresalientes. No sólo “poseer” queda vinculado, por sus orígenes, con la actitud de sentarse sobre lo que se posee, sino que la evolución libidinosa de las distintas primacías en la infancia pasa por un período de predominio anal que puede manifestarse en el adulto como una actitud retentiva que valora de manera excesiva al poder que otorga el dinero, y cualquier gasto, aunque sea mínimo, le parece un derroche.

El valor del dinero puede aumentar o disminuir a partir de los diferentes aprecio que le confiere el hecho de quedar teñido por los significados

inconscientes que le otorga la excitación que acompaña a las funciones orgánicas y que puede llegar a perturbar esa función específica que, en el seno de una comunidad, le compete. Nada tiene de extraño que haya quienes no coinciden con algunas actitudes que gozan de un amplio consenso. Cuando tales discrepancias surgen entre personas que se valoran recíprocamente y, peor aún, si se aman, suelen ser muy ingratas. La falta de autenticidad implícita, por ejemplo, en las mentiras piadosas o en “tirarse un lance” suele ocasionar las displacerteras *turbulencias* que se procuraba evitar.

Con frecuencia, se oye sostener que cada cual debe tener su idea, pero hay asuntos en los cuales, para poder convivir, es imprescindible coincidir. Si asignamos algún valor a las ideas, quienes piensan que cada cual debe tener su idea se vuelven intolerantes si, en ese punto, disentimos con ellos.

Es muy duro aceptar una vida que trascurra inmersa en la polémica de innumerables controversias, pero también necesitamos reconocer que esas controversias no serían tan duras si no fuera porque tantas veces las hemos postergado. Si aceptamos que de nada vale pensar cómo se vive si no se está dispuesto a vivir como se piensa, y dado que vivir es convivir,

vivir como pensamos que debemos vivir nos obliga a conciliar nuestras ideas con las que rigen la vida de quienes nos rodean. La convivencia sería insoportable si no fuera porque no estamos obligados a que todos nuestros contactos transcurran en un espacio estrecho. Cuando funcionamos en condiciones saludables, podemos, ante la inminencia de un choque, establecer una distancia que altere nuestra ruta sin alterar nuestra meta. Para cada relación, hay un encuadre que lubrica los roces de nuestro convivir y que no siempre se alcanza.

Ignoramos cómo evoluciona y hacia dónde se dirige esa formación en red. Nuestra mirada sólo la registra en nuestro inmediato vecindario contemplando la distancia que nos separa de quienes nos rodean. Es la distancia que no sólo nos separa, sino que también nos vincula y nos ubica, de buena o de mala manera, en el conjunto de aquellos con quienes convivimos. El perpetuo movimiento entre la simpatía que acerca y la antipatía que aleja. Ambas nos conducen, cuando funcionan bien, hacia una convivencia saludable y armónica. Pero no siempre se logra que funcione bien y, aun así, bien o mal, inevitablemente convivimos. Tratar de comprender “por dónde voy”, en mi relación con

los seres que amo y odio es lo único que puede ayudarme a saber quién soy.

Así nos encontramos, sorprendidos, con que, a pesar del antiguo precepto médico, que reza “*primum non nocere*”, la mayor cantidad de muertes en los Estados Unidos se produce como consecuencia de las intervenciones que insisten en tratar de alcanzar lo inalcanzable.

Hay pues, sin duda, una crisis en la medicina, y frente a la existencia de una crisis en la economía, que viaja atravesando países y fronteras, cabe preguntarse si no las mancomuna el hecho de proceder, frente a las realidades complejas, con aproximaciones lineales que empeoran lo que pretenden mejorar.

Volvamos sobre la afirmación de que, cuando se trata de la vida, materia, alma y espíritu son tres aspectos con los que suele presentarse, ante la consciencia humana y en distintas circunstancias, una misma realidad inconmensurable.

Llamamos materia a lo que percibimos con nuestros órganos sensoriales; alma a lo que posee una intención y un sentido que siempre nos importa, y espíritu a lo que un conjunto de almas producen o poseen en común.

Se oye decir a menudo que un materialismo carente de espiritualidad es el engendro que carcome las vísceras de nuestra época, que muchos consideran extraviada, y que nos deja, desubicados, confusos y frustrados, vagando con frecuencia sin principios morales suficientes en un mundo “únicamente físico” que se nos antoja carente de sentido. Todo induce a suponer, sin embargo, que el materialismo que nos aqueja no carece de espiritualidad, que lo impregna, en cambio, una orientación malsana que se ha pervertido por obra de un individualismo que ha extremado las metas de una individualidad saludable.

Cuando desde nuestra condición de personas con derecho a la autodeterminación de su destino nos creemos autosuficientes y completos, y nuestra conducta insiste en ignorar que nuestros derechos encuentran un límite en los derechos ajenos, nuestra conducta egoica, que comenzó siendo necesaria y sana, suele entonces convertirse en el egoísmo que envenena y perturba nuestra convivencia.

El estudio de las redes conduce hacia una sociología nueva que, ensayando sus primeros pasos, permite comprender que el gobierno no se ejerce con un control que opera desde una posición

jerárquica encumbrada, sino que surge del conjunto entero. Es así como vuelan las aves en bandadas y se desplazan los peces en cardúmenes. No cabe duda de que las actitudes que adoptan las personas, que suelen adquirir consenso y que no siempre son conscientes, influyen sobre el funcionamiento de las instituciones.

El poder fundamental de la moneda es un poder adquisitivo, pero no todas las formas de poder se circunscriben a esa, que consiste en poder adquirir porque se compra. Aunque el dinero, cuando se lo adquiere y se lo usa de manera saludable, puede contribuir generando bienestar, no todas las cosas que se anhelan son cosas que compran, y entre las que no se pueden comprar sobresalen la salud y el amor.

Es muy importante destacar que las formas arruinadas del amor, contaminado por un uso insalubre del dinero, no se circunscriben a las relaciones de pareja, porque también operan en todas nuestras otras relaciones.

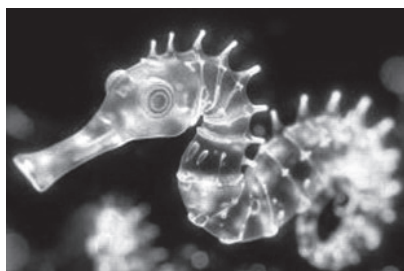
Nadie debería acumular una suma de dinero que supere demasiado la cantidad que su ingenio le permite emplear como un medio para alcanzar fines saludables y valiosos. Cuando la acumulación

TURBULENCIAS

excede ampliamente esos límites y se ha alterado su “razón de ser”, una consecuencia funesta de una mala transmutación de los valores consiste en que la cifra que se procura guardar no alcanzará jamás un tope, y que el acumular dinero, convertido en un hábito perverso, conduzca a que nunca parezca suficiente, negando que, en los asuntos de la vida, el óptimo nunca coincide con el máximo. Nada tiene de extraño que la posesión excesiva de dinero, contaminada con una culpa que atemoriza y avergüenza, se transforme en un poder que corrompe.

Capítulo 20

Opacidad y transparencia



La opacidad no es un defecto, sino que, por el contrario, disponer la permeabilidad comunicativa en una forma heterogénea, configurando conductos o canales, para lograr que no trascorra en todas direcciones con igual facilidad, es un requisito ineludible de toda organización funcional. El dibujo se enriquece con los colores que le aporta el enmarañado agregado inevitable de la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa, cuatro gigantes del alma.

Cuando nos proponemos una actividad placentera, hablamos de “salir”. Nuestros esparcimientos

suelen ser “salidas” que, a veces con esfuerzo, tenemos que inventar. Se trata entonces de salir, pero ¿salir de dónde? En algunas ocasiones huimos de la soledad; en otras, de una compañía o de una rutina que nos fastidia o nos aburre. Sin embargo, si hurgamos un poco en la cuestión, huimos, en última instancia, de una “formación” —se trate de un matrimonio, una familia, una escuela, un trabajo o, simplemente, una cena alrededor de una mesa— dentro de la cual nos sentimos desubicados y, fuera de quicio, funcionamos mal, sintiendo que “nos falta el aire”.

Interconectados en una trama compleja que ninguno de sus integrantes organiza, y cuyos parámetros trascienden nuestra posibilidad de contemplarlos, vivimos —de una manera mucho más intensa de lo que nuestra consciencia percibe— alimentados por vínculos que motivan nuestros actos. Sabemos, sin embargo, que esos parámetros que nuestra consciencia ignora conforman la red “social” cuya organización heterogénea suele generar y equilibrar una proporción adecuada y espontánea entre los distintos grados de transparencia y de opacidad. Los ligámenes que operan como una atracción de amor y simpatía que nos aproxima a nuestros semejantes

son los que nos permiten tolerar los choques, los roces y las asperezas de nuestra convivencia. Pero también es cierto que, cuando lo logran, es gracias a que mantienen una opacidad adecuada, acorde con los requerimientos de nuestra tolerancia, distinta para cada una de las personas que se unen en la red.

La opacidad que genera “inmunidad” procede evitando, a veces con esfuerzo, una transparencia, espontánea y más fácil, que sólo en primera instancia es indolente, como se puede constatar observando la transparencia infantil que la experiencia gradualmente modifica. Gracias a esa opacidad —que a veces es represión y otras veces, una reserva que toma la forma de un ocultamiento o de una mentira “piadosa”—, todo funcionaría de maravilla si no fuera por los conflictos que continuamente ocasionan *turbulencia* en distintas zonas de la red, y que parecen constituir una inevitable condición de su *modus operandi*. Un modo de operar adicto, quizá, al método que procede mediante el ensayo y el error.

Por obra de esos conflictos, sufrimos muchas veces los desequilibrios, que nos duelen, entre los distintos grados recíprocos de opacidad y de transparencia que mantenemos con los seres que amamos.

Suele decirse que uno se elige a los amigos, pero que, en cambio, a los parientes los manda Dios. Los grados de transparencia, o los de simpatía, no siempre coinciden con los de parentesco. Además de los lazos que se establecen en las familias, existen los nexos comunitarios que se gestan en los barrios, y los que derivan de la pertenencia a un mismo pueblo o a una misma raza. Pero todos esos vínculos se integran con los que surgen de la manera en que vivimos interconectados en una red, que se autogestiona y es compleja, de la cual percibimos su existencia y los entornos de nuestra “localidad”, pero no la estructura de conjunto que organiza u trama. Sabemos que navegamos en la red, pero ignoramos cómo evoluciona y hacia dónde se dirige esa “formación” que trasciende los horizontes de nuestra mirada, limitada al registro de la distancia que establecemos, recíprocamente, con nuestros vecinos. Es la distancia que no sólo nos separa, sino que también nos vincula y nos ubica, de buena o de mala manera, en el conjunto de todos aquellos con quienes convivimos.

El perpetuo movimiento entre la transparencia o la simpatía que acercan y la opacidad o la antipatía que alejan nos conduce, cuando funciona bien,

hacia una intimidad saludable en una convivencia armónica. Pero, aunque funcione mal, el tratar de comprender “por dónde voy”, en mi relación con los seres que amo, es lo único que puede ayudarme para saber quién soy.

Cuando Freud señala: “El hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con el mismo doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía”, podemos observar una reserva que separa la vida pública de la vida íntima, pero que también separa, en la intimidad, una vida privada de otra, secreta, más recóndita, oculta en un recinto nuestro que pocas veces miramos, porque hacerlo requiere una osadía que no siempre estamos dispuestos a asumir. Cuando nos acercamos al tema de la intimidad, vemos que se agiganta, porque incluye dos asuntos de una importancia extrema. El primero consiste en la facultad de separar “algo” y “mantenerlo separado”, “disociado”, reprimido, oculto, desconocido, ignorado o, por lo menos, reservado. Es un procedimiento a veces simbolizado y otras efectivamente realizado mediante paredes, tabiques, cortinas, biombos, puertas, ventanas, cerraduras, cofres y vestidos, que nos

dan una idea de hasta qué punto vivimos usándolo de un modo permanente. Es obvio, entonces, que en alguna medida el procedimiento es imprescindible y puede funcionar de una manera saludable, pero también ingresar en condiciones insalubres, cuando se interna en el camino que, desde una inautenticidad que comienza por ser leve, alcanza, si se lo recorre todo, un grado de enfermedad que es grave. El segundo asunto, fundamental y conmovedor, es que en esa intimidad cuyo trasfondo tan frecuentemente ignoramos, se esconde una parte muy importante de nuestra identidad. Allí nace la pregunta “¿quién soy?”, que nace porque el procedimiento que usamos para ocultar aquello que preferimos ignorar suele llevarse consigo una parte que nos hace falta precisamente en los momentos, aciagos, en los que la pregunta surge.

Hay momentos en los cuales el sentimiento de identidad, que parece ser un requisito ineludible en la constitución de cada uno, se desdibuja en un clima de desorientación y angustia. Así, animada por el anhelo de que otro nos conozca y nos acepte, aparece la pregunta “¿alguien sabe quién soy?”. No se trata de una cuestión moderna, porque su

primera parte, por lo menos, “conócete a ti mismo”, ya estaba escrita en el oráculo de Delfos.

Lo que valoramos y lo que somos se forjó en la fragua de nuestros afectos entrañables. De allí, y de la confluencia de nuestra naturaleza con nuestra educación, provienen nuestros ideales, nuestra moral y nuestra manera de ser, nuestro carácter. La relación recíproca que tienen los afectos con las normas y la que tienen ambos con el carácter nos permiten comprender los sufrimientos que nos depara la crisis moral que hoy nos aqueja. Una crisis que surge porque carecemos de un conjunto suficiente de los valores compartidos que configuran la ética de una comunidad social.

El núcleo de cristalización de esa crisis parece ser un individualismo malsano que, persiguiendo el prestigio, el poder y la riqueza material, incurre en una forma ruinosa de individualidad. Una forma en la cual el orgullo es sustituido por la vanidad, el amor a los hijos oculta el narcisismo excedido, el amor a la familia oculta el egoísmo, la amistad se transforma en una relación de conveniencia, y el cariño, interpretado como una debilidad, se sustituye por la pasión, por el enamoramiento o por

el intento de poseer a las personas que pretendidamente se ama.

Los acontecimientos que se relacionan con el sexo y el dinero son los habitantes que se han enseñoreado en nuestra estancia más íntima, empujando a la superficie otros asuntos que a veces nos parecen, quizá, más importantes, mientras que “en el sótano” se rellenan las venas de esos cuatro gigantes que denominamos envidia, culpa, celos y rivalidad. Desde ese mundo que subyace, inquieto y turbulento, a veces afloran, precipitándonos en una crisis que perturba nuestra vida, acontecimientos que dominados por el sexo o el dinero nos obligan a reflexionar, pulsando a fondo nuestros pensamientos, y explorar lo que sentimos. Junto a los asuntos que la razón resuelve de manera exitosa, hay algunos en donde sólo la intuición nos ayuda y, por fin, otros frente a los cuales no queda más remedio que tolerar la incertidumbre y “desensillar hasta que aclare”.

Afortunadamente, la sorprendente capacidad de la vida para adaptarse a las vicisitudes de su entorno nos ofrece un cierto testimonio de que, más allá de las vacilaciones a las que nos conduce la epistemología, solemos acertar sin incurrir en demasiados errores.

La actitud que se asume hacia el dinero, y que predomina en el consenso, nos obliga a un equilibrio entre la transparencia que aproxima y la opacidad que establece una distancia con los seres del entorno, que a veces es necesaria aunque pueda ser ingrata. Cuando esa opacidad se adopta en la vida íntima con seres que se ama, como se ama a los padres, a los hijos, a los hermanos o a los cónyuges, puede llegar a ser muy odiosa y frustrante. La opacidad, sin embargo, no sólo es el recurso que surge como una necesidad frente a un consenso impregnado por actitudes enfermizas. La biología nos enseña que es un requisito ineludible de una organización funcional. Genera “inmunidad” y procede evitando una transparencia indolente espontánea y más fácil, como la transparencia infantil que la experiencia gradualmente modifica. Gracias a la opacidad, que a veces es represión y otras veces toma la forma de un ocultamiento o de una mentira “piadosa”, que procura evitar los conflictos que ocasionan *turbulencia* y que parecen constituir una inevitable condición de un modo de operar que procede mediante el ensayo y el error.

Cuando se oye sostener con tanta frecuencia que cada cual debe tener su idea, hay algo que

necesitamos comprender. Si asignamos algún valor a las ideas, debe llegarse en algún momento a concordar lo que pensamos, para poder convivir con autenticidad, sin hipocresías, sin sometimiento y sin abuso. Quienes piensan que cada cual debe tener su idea se vuelven intolerantes si, en ese punto, disentimos con ellos.

Las ideas conducen a los hechos; los hechos, a sentimientos, y los sentimientos, a defender ciertos valores. No es un asunto menor, entonces, el que procuremos, con autenticidad y cordialidad, con esmero y con mesura, convencer a las personas con quienes convivimos con aquellas ideas que, si rigen nuestra vida, es porque con ellas nos hemos convencido. Siempre dispuestos a que, con idéntico cuidado, intenten convencernos con las suyas.

Capítulo 21

In signus balbulus



No es un secreto que hoy atravesamos la turbulencia de una crisis axiológica, es decir, el desorden (ecosistémico, ecológico y socioeconómico) producido porque una inmensa mayoría de personas conviven sin compartir los mismos valores y, además, suelen asumir valores distintos de los que declaman. Alrededor de 1950, Jean Gebser (en su introducción a un simposio acerca de una nueva visión del mundo, que se realizó en Saint Gallen) sostiene que es una crisis que recién comienza y que, a juzgar por otra semejante, que ocurrió cuando el Imperio

merovingio se transformó en el carolingio, durará varias centurias. En aquella época de transición, Notker, un monje que fue sabio y un gran erudito en su época, se llamó a sí mismo “el gran tartamudo”, para aludir a la torpeza con la que se expresaba cuando intentaba decir algo acerca de los cambios drásticos que la cultura humana atravesaba. Gebser se siente frente a un desconcierto semejante y por eso asume que su contribución al simposio será dicha *in signus balbulus*, usando la tartamudez para aludir a sus titubeos y vacilaciones.

Hemos recurrido a lo que escribe Gebser para subrayar dos conclusiones que parecen ser de una importancia extrema. La primera es que la crisis y el caos que hoy atravesamos recién comienzan y durarán un tiempo ínfimo contemplado desde la historia de la humanidad y enorme desde el punto de vista de una vida humana. La segunda es que estamos viviendo zarandeados “entre” el fin de una época y el comienzo de otra acerca de la cual nada sabemos, y sólo podemos balbucir.

